

# La Revista Blanca



## Colaboradores

- |                      |                        |
|----------------------|------------------------|
| Soledad Gustavo      | Miguel Unamuno         |
| Luisa Michel         | Anselmo Lorenzo        |
| Pedro Dorado         | Fermin Salvochea       |
| F. Giner de los Rics | Ricardo Mella          |
| Juan Gine y Partagas | Jaime Brossa           |
| Pompeyo Gener        | Ricardo Rubio          |
| U. González Serrano  | Pedro Corominas        |
| José Esquerdo        | Nicolas Diaz y [Pérez, |
| A. Sanchez Pérez     | Nicolás Estévanez]     |
| Fernando Tarrida     | Doctor Boudín          |
| Francisco Salazar    | Donato Luben           |
| Manuel Cossío        | P. Kropotkin           |
| Carlos Malato        | Elíseo Reclus          |

*Sereme,*

**Federico Urales**


Administración:

1, CRISTÓBAL BORDIU, 1  
Madrid.



# Resurrección

DOS TOMOS ELEGANTEMENTE IMPRESOS, 4 pesetas.

Obra de carácter puramente socialista.  En venta Casa editorial Maucci, Barcelona.

## Biblioteca de LA REVISTA BLANCA

- LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkin, 1 peseta.  
MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin dividida en tres tomos, 4 2 pesetas.  
EL PROLETARIADO MILITANTE, por Anselmo Lorenzo, 3 pesetas.  
EL PROBLEMA SOCIAL, por P. Kropotkin, y la biografía de éste, escrita por Anselmo Lorenzo 20 cts.  
LEY DE HERENCIA, drama en cuatro actos, por Federico Urales, 1 peseta.  
HONOR, ALMA Y VIDA, drama en tres actos, del mismo autor, 1 peseta.  
ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta, 30 céntimos.  
LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS, por Ricardo Mella, 1 peseta.  
LA MONJA, por Diderot, 1 peseta.  
ELEMENTOS DE ANARQUÍA, por G. C. Clemens, 40 céntimos.  
SANTOS CASERIO, por Pedro Gorí, 20 céntimos.  
EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX, por Nicolás Druzeau, 2 50 pesetas.  
Colección del tercer año de REVISTA BLANCA, 4 pesetas.  
JOSÉ MAZZINI, por el mismo, con un prólogo de Pi y Margall, 1 25 pesetas.  
DE LA INSTRUCCIÓN, conferencia sobre la enseñanza laica, por el mismo, 2 pesetas.  
CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA, por A. Pellizer, 75 céntimos.  
ALMANAQUE DE LA «REVISTA BLANCA» PARA 1901, 50 céntimos.  
ALMANAQUE DE LA QUESTIONE SOCIALE PARA 1901, 70 céntimos.  
LA ANARQUIA ES INEVITABLE, por P. Kropotkin, 20 céntimos.  
EL AMOR LIBRE, por Carlos Albert, 2 pesetas.  
DEL AMOR: *Modo de acción y finalidad social*, por R. Mella, 50 céntimos.  
NUESTRAS CONVICCIONES, por J. Hlenatnom, 20 céntimos.  
LA ANARQUÍA SE IMPONE, 20 céntimos.  
MEMORANDUM, por P. Esteve, 1 peseta.  
EVOLUCION Y REVOLUCION, por Eliseo Reclus, 1 peseta.  
FUNDAMENTOS Y LENGUAJE DE LA DOCTRINA ANARQUISTA, por Altair, 25 céntimos.  
LAS OLIMPIADAS DE LA PAZ, por A. Lorenzo, 20 céntimos.  
DÍOS Y EL ESTADO, por Miguel Bakoumine, 75 céntimos.  
EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, 20 céntimos.  
EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN, por R. Mella, y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, todo 10 céntimos.  
SOBRE CIENCIA SOCIAL, por Félix B. Basterra, 20 céntimos.  
LA PESTE RELIGIOSA, por Juan Most, 20 céntimos.  
LOS MALES SOCIALES. *Su único remedio*, por Emilio Z. Arana, 40 céntimos.  
LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por L. Bonafulla, 10 céntimos.  
¿DÓNDE ESTÁ DIOS?, por Miguel Rey, 20 céntimos.  
LA ESCLAVITUD MODERNA, por Leon Tolstoi, 1 peseta.  
LA MUERTE DE LOS DIOSES, por Dmitri Merejkowsky, dos tomos, 1 peseta tomo.  
PALABRAS DE UN REBELDE, por P. Kropotkin, 1 peseta.  
EL JARDÍN DE LOS SUPPLICIOS, por Octavio Mirbeau, 1 peseta.  
SEBASTIÁN ROCH. (La educación jesuítica) por Octavio Mirbeau, 1 peseta.  
IMITACIONES. LOS COSACOS, por León Tolstoi, 1 peseta.  
TRABAJO, por Emilio Zola, dos tomos, 2 pesetas tomo.  
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure, dos tomos, 1 peseta tomo.

# LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 81.

ADMINISTRACION:  
CRISTÓBAL BORDÍU, 1.—MADRID

1.º Noviembre de 1901

## SUMARIO

**SOCIOLOGÍA:** *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.  
**CIENCIA Y ARTE:**—*La herencia de los sentimientos y de las pasiones*, por Ch. Ribot.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*La luz*, por Maurice Donnay y Lucien Descaves.—*París*, por Emilio Zola.  
**SECCIÓN GENERAL:** *Cuestión palpitante*, por A. Cruz.—*La adoración de Dios*, por Acacio Ruiz y Meneses.—*Sixto Sáenz de la Cámara*, por Nicolás Díaz y Pérez.—*Un antimilitar*, por Fermín Salvochea.

## SOCIOLOGÍA

### LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO VI)

Las generaciones presentes no pueden formarse idea del incremento que en las clases ilustradas del país habían tomado las teorías filosóficas y políticas de *La Enciclopedia*. Feijóo, con su misión humanista más que batalladora, había preparado las conciencias para aquel resultado. Sólo se necesitaba que el Estado español, á semejanza del francés y del prusiano, tomara las riendas del despertar filosófico que se iniciaba. Entonces surgió Aranda, y España se secularizó expulsando á los jesuitas y mermando, por medio de leyes y de pragmáticas, el poder de la Inquisición. Mientras vivió Aranda, las clases más pudientes de España, y singularmente las fronterizas de Cataluña y Navarra, enviaron sus hijos á los centros docentes de Francia, en los cuales, como en los tiempos de la Reforma, se hacía obra disolvente. Al regresar de la juventud surgieron las Sociedades económicas de Amigos del País, que eran como el complemento del espíritu innovador de los Aranda, Olavides, Jovellanos, Cabarrús, Floridablanca y Ensenada. Sin embargo, justo es consignarlo, el pueblo no respondía á este afán por acabar con la tiranía teológica, representada, ya por los llamados filósofos, escolásticos y religiosos casi todos, ya por la Inquisición, que era el poder material de la teología.

Sobre la voluntad y las luces de Aranda hay contradicción. Los neos dicen que fué una inteligencia pervertida por los halagos y las adulaciones de Voltaire, que sacó de Aranda lo que pudo á fuerza de cartas ponderando su misión redentora, sus méritos y virtudes. Los progresistas presentan á Aranda como estrella de primera magnitud que brilló en la política española durante la segunda mitad del siglo XVIII. Lo cierto es que Aranda cursó con brillantez Humanidades, Filosofía, Matemáticas, Geografía, Historia y Estratégica. Como militar, alcanzó el grado de capitán general; como diplomático, representó España en Portugal, Polonia y Francia, firmando en París el Tratado de paz que reconoció la independencia de los Estados Unidos; como político, en 1767 expulsó á los jesuitas, llevando á cabo grandes mejoras en todo el reino, particularmente en enseñanza, canaliza-

ción y comunicación; y en 1793 quiso reconocer la legitimidad de la primera República francesa, contra el parecer de María Luisa, de Godoy, su favorito, y de todos los cortesanos. Por esta independencia de criterio fué desterrado de la Corte cuando desempeñaba la cartera de Estado y era el decano del Consejo y contaba más de setenta años. España, desoyendo á Aranda, entró en el concierto de la Santa Alianza; las tropas republicanas invadieron la Península hasta el Ebro, y el gobierno español tuvo que firmar una paz deshonrosa.

En sus correrías por el mundo y en el estudio de los pueblos y de las instituciones que el pueblo nutre, Aranda se había convencido de que el espíritu monacal y religioso era un obstáculo á la felicidad y prosperidad de las naciones; y así preparado, en la embajada de España en Francia, compenetró su voluntad con la de los enciclopedistas, con quienes tuvo el honor de coincidir en varios puntos de orden político y filosófico.

He aquí lo que escribía Voltaire al marqués de Miranda, camarero mayor del rey Carlos III, en Agosto de 1767, es decir, cuatro meses después de la expulsión de los jesuitas:

«Señor, tenéis la audacia de pensar libremente en un país donde esta libertad ha sido las más de las veces mirada como un crimen. Hubo un tiempo en la Corte de España, sobre todo cuando los jesuitas dominaban, en que estaba casi vedado el cultivo de la razón, y era merito en la Corte el embrutecimiento del espíritu... Al fin lográis un ministro ilustrado que tiene mucho entendimiento y permite que otros le tengan. Sobre todo, ha sabido conocer el vuestro; pero las preocupaciones son todavía más fuertes que vos y que él... Tenéis en Madrid aduanas de pensamientos: á la puerta los embargan como si fueran géneros ingleses... Los griegos, esclavos, disfrutan cien veces más libertad en Constantinopla que vosotros en Madrid. Os parecéis á aquella reina de *Las mil y una noches*, que siendo fea en extremo, castigaba de muerte á todo el que se atrevía á mirarla cara á cara. Tal es, señor, el estado de vuestra Corte hasta el ministerio del conde de Aranda, y hasta que un hombre de vuestro mérito se acercó á la persona de S. M. Pero aún dura la tiranía monacal. No podeis descubrir el fondo de vuestra alma más que con un pequeño número de amigos íntimos. No os atrevéis á decir á oídos de un cortesano lo que diría un inglés en pleno Parlamento.

.....

»Sois un águila encerrada en una jaula custodiada por lechuzas. En Madrid y en Nápoles, los descendientes del Cid tienen que besar la mano y el hábito de un dominico. Los frailes y los curas son los que engordan con la sangre del pueblo.

.....

»Basta con dos ó tres hombres de valor para cambiar el aspecto de una nación. ¡Ojalá, Señor, que podáis encadenar el ídolo, ya que no podáis derribarlo!»

En 1784, un escritor francés que firmaba *Figaro*, publicó un libro titulado *Viaje por España*. En este libro se leen las siguientes palabras:

«El conde de Aranda es el único hombre de quien puede vanagloriarse al presente la monarquía española; el único español de nuestros días cuyo nombre escribirá la posteridad en sus libros. Se había propuesto admitir en España todas las sectas, sin excepción, y quería grabar en el frontispicio de todos los templos, sumándolos en una misma cifra, los nombres de Calvino, de Lutero, de Confucio, de Mahoma, del Preste Juan, del gran Lama y de Guillermo Penor. Quería que, en adelante, desde las fronteras de Navarra hasta el Estrecho de Gibraltar, los nombres de Torquemada, Isabel Inquisición, autos de fe, se castigasen como blasfemias. Quería, por último, poner en venta las alhajas de los san-

tos, las joyas de las vírgenes, y convertir las reliquias, las cruces, los candeleros, etc., en puentes, canales, posadas y caminos reales.»

Por otra parte, Aranda, desde París, escribía á Floridablanca en 7 de Junio de 1786:

«Rousseau me dice que continuando España así dará la ley á todas las naciones, y *aun. que no es ningún doctor de la Iglesia*, debe tenersele por conocedor del corazón humano, y yo estimo mucho su juicio.»

La Inquisición recibió cuatro denuncias contra Aranda, Azara, Campomanes y Roda, que no prosperaron, tanto por la influencia de los personajes, cuanto porque el poder de la Inquisición había entonces menguado bastante. No tuvo la suerte de los nombrados Olavides, quizá el más culto de los enciclopedistas españoles, pues acusado de enciclopedismo, se le detuvo y condenó. El autor de la denuncia, contra Olavides, fué Fr. Romualdo de Friburgo, fraile suizo, que había venido de su país para instruir en las prácticas católicas á sus paisanos establecidos en las colonias agrícolas que el gobierno había inaugurado en Andalucía y de las cuales era Olavides administrador y delegado real.

Se acusó á Olavides de negar lo sobrenatural, la revelación, la Providencia, los milagros; de ser asiduo lector de Voltaire y Rousseau; de tener correspondencia con ellos; de poseer imágenes y figuras desnudas; de no observar los ayunos ni las abstinencias eclesiásticas; de profanar los días festivos; de ser hombre de mal ejemplo y piedra de escándalo para sus colonos; de defender el movimiento de la tierra; de oponerse al toque de las campanas para ahuyentar las tormentas, y de que se enterraran cadáveres en las iglesias. De estos *gravísimos* delitos se acusó á Olavides, y por ellos fué condenado, aprovechando la caída de Aranda.

Aunque, como hemos dicho, la Inquisición había perdido mucho de su fuerza por aquel tiempo, se incoaron procesos por delito de enciclopedismo contra el arcediano de Pamplona, contra Felipe Samaniego, y contra el matemático Benito Balis, acusado de ateísmo. Se acusó también de haber leído obras de Voltaire, Diderot y Rousseau, al general Ricardos, al general Jaime Masones de Lima, al conde de Montalve, á Lacy, al conde de Riefa, al duque de Almodóvar y otros, cuyas denuncias no prosperaron.

En 1792 Cabarrús dirigió unas cartas á Jovellanos con el nombre: *Sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen á la felicidad pública*. En dichas cartas se lee: «La enseñanza ha de ser enteramente laica. Apodérese el Estado de la generación naciente; exclúyese de esta importante función todo cuerpo y todo instituto religioso. La educación nacional es puramente humana, seglar, y los seglares han de administrarla para que los niños no contraigan la tétrica hipocresía monacal.»

¡Cuán reaccionarios resultan nuestros radicales políticos, incluso muchos republicanos, comparados con los hombres de últimos del siglo XVIII! La burguesía, que entonces empezaba á manifestarse en la lucha política, enarbolaba la bandera revolucionaria. Hoy, esta misma burguesía es tan reaccionaria como el poder que derrumbó al grito de Libertad, Igualdad, Fraternidad. ¡Qué gran verdad la de que las clases y los hombres se pervierten, se tornan tiranos, á medida que se enriquecen y se apoderan de las riendas del Estado! ¡Nunca se combatirá bastante la idea y el propósito de formar un nuevo poder y una clase frente la burguesía! La injusticia, la tiranía en todas sus fases y manifestaciones, volverían á imperar sobre la tierra, así que el nuevo poder y la nueva clase se posesionaran de la dirección del Estado!

Revolucionarios, pensadores, filósofos, sociólogos, oponentes al gobierno del pueblo, á la formación del cuarto Estado, si queréis la felicidad de los hombres y que la libertad y la igualdad se enseñoreen del mundo. El hombre, acostumbrado al dominio, dominará

mientras tenga medios y ocasión, y la única manera de evitar la esclavitud, es no permitir que nadie, ni en nombre de la salud pública, ni en el de las reivindicaciones populares, ejerza el poder.

La libertad, por la humanidad, no por una clase; el poder, por el hombre, no por un partido. Todos soberanos, todos dioses, todos señores, todos iguales.

\* \* \*

Viniendo de tan alto el ejemplo de enciclopedismo, no es maravilla que las personas ilustradas, que tenían medios de leer libros nacionales y extranjeros, se contaminaran de las ideas introducidas en España por los hombres que aconsejaban á sus reyes. Donde hizo más adeptos *La Enciclopedia* fué en los centros de educación, Universidades y Seminarios. Puede decirse que las primeras ideas políticas fueron sembradas por los cateóricos en los campos de la juventud universitaria. Por otra parte, paralelo á este movimiento político, se manifestaba otro movimiento filosófico. La filosofía sensualista, que hasta entonces se mantuvo fuera de las fronteras, entró en compañía de las primeras nociones de revolución política. Sus principales defensores fueron Condillac, Helvecio, Condoucart, Morellet y Hobbach. Los dos primeros se manifestaron como filósofos puros; los restantes intentaron aplicar á la política el sensualismo filosófico, orientación que se acentuó más en Diderot y D'Alembert.

Las obras principales que alborotaron los espíritus se llamaban: *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*; *Tratado de las sensaciones*, de Condillac; *Elementos de la filosofía de Newton puestos al alcance de todo el mundo*, de Voltaire; *Del espíritu*, de Helvecio; *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu; *Historia natural*, de Buffon; *Sistema de la naturaleza*, de Hobbach; *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, de Rousseau. Estas y otras obras hicieron la revolución intelectual y científica que se deducía del sistema de Copérnico, de los viajes de Colón y de los descubrimientos de Newton, y este espíritu entró en España á últimos del siglo XVIII y principios del XIX con las ideas de la Enciclopedia que hallaron protectores en los hombres de Gobierno.

El jesuíta valenciano Antonio Eximeno, pensador profundo y muy amante de las cosas naturales, fué quien extendió en nuestro país el sensualismo filosófico. Locke, Condillac y Helvecio, particularmente el último, fueron los maestros de Eximeno. Helvecio es, para nosotros, uno de los pensadores epicuristas más radical y adorador del hombre, no tal como quisieran que fuese las doctrinas morales coercitivas, sino tal como lo forma la naturaleza.

Convencido el principal maestro de Eximeno que el hombre es un ser sensible, entiende que no se distingue de los demás animales más que por la mayor perfección de su organismo, y dice que sin las manos, el ser comúnmente llamado racional, andaría aún ocupado en librarse de los animales feroces y en procurarse alimentos. Para Helvecio, la sensibilidad es la resultante de una evolución de los centros nerviosos, excitados por las necesidades humanas, que se han engrandecido merced á los adelantos de todo género que fueron posibles por las especiales condiciones orgánicas del hombre.

Todos los anhelos del ser humano se dirigen á un fin: á la satisfacción de un deseo, de una pasión, de una necesidad; en suma, de un placer. Luego la única moral natural y sana es la que se propone con estas palabras de Helvecio: «Haz lo que te produce placer; huye de lo que te produce dolor.» Ningún hombre sacrifica sus pasiones al interés general, y si alguno hubiese que prescindiera de su felicidad en bien de la ajena, sería porque su pasión predominante estaría conforme con la conveniencia de los otros. Más aún; para

Helvecio el egoísmo particular es la causa del progreso, y lo que llamamos injusticia no es otra cosa que la oposición entre la conveniencia de uno con la conveniencia de muchos. Sin embargo, donde los intereses sociales no fueren opuestos, esta oposición de conveniencia no existiría y el egoísmo particular nos conduciría á querer el bien ajeno porque tendría una equivalencia igual al propio. No debemos, pues, cohibir las pasiones; al contrario, debemos de satisfacerlas, como una condición que nos impone la más alta moral, que es la de nuestra vida. Todos los hombres son iguales por naturaleza; la diferencia proviene del medio en que han vivido. «Si los hombres no son más que lo que la educación les hace y si se les enseñara conciliar sus intereses con el de todos, se les haría felices, haciendo desaparecer el crimen.»

Hemos dicho en otra parte que para nosotros Helvecio es uno de los pensadores más humanos que han existido. Es más positivista que Aristóteles y más naturalista que Epicuro, á quien toma por maestro. Ambos, Epicuro y Helvecio son de una simplicidad encantadora. Aristóteles puede dar pábulo á la metafísica de Kant, que pronto estudiaremos al presentarse en España con los discípulos de Krause; Helvecio no puede sugerir más que una sencilla y natural concepción de la vida, tal como los anarquistas la concebimos. De ahí por qué Eximeno, su discípulo, decía que el hombre prefiere aquello que asegura su conservación y que todo lo que siente va unido á una sensación de dolor ó de placer; que hasta la idea de Dios le entró al hombre por los sentidos; que las sensaciones son un enlazamiento de fibras orgánicas que se excitan y mueven entre sí; que todos los placeres y los dolores reconocen por fin la perpetuidad de las satisfacciones y de la dicha.

Los filósofos de las escuelas metafísicas podrán tener por primitivas estas ideas, porque gustan en distinguirse de los demás mortales por sus teorías enrevesadas, que ni ellos mismos entienden no pocas veces; pero el hecho es que la vida es mucho más sencilla de lo que pretenden los filósofos de pensamientos profundos y de ocultas y complejas facultades humanas. Toda la razón pura de Kant no vale lo que un beso de dos almas enamoradas.

FEDERICO URALES

# CIENCIA Y ARTE

## LA HERENCIA DE LOS SENTIMIENTOS Y DE LAS PASIONES

### I

Se podría demostrar, si hubiese lugar, que los diversos modos de la sensibilidad, por vagos que parezcan, son lo que hay en nosotros de más profundo y de más tenaz; que es por los sentimientos, y no por la inteligencia, por lo que se produce en nosotros todo cambio duradero, bueno ó malo, normal ó morboso. Limitémonos á hacer notar que es-

tán tan íntimamente ligados á los órganos y á la constitución entera, que es natural suponer *a priori* que la herencia los transmite. Vamos á ver que la experiencia comprueba esta hipótesis.

Pero no deja de tener interés el examinar primeramente la cuestión del exterior. Los sentimientos, por lo menos los más sencillos y los más vivos, tienen sus modos naturales de expresión; es decir, que los estados de conciencia que designamos bajo este nombre, van acompañados de descargas nerviosas que se traducen en movimientos, secreciones y otros fenómenos fisiológicos de una naturaleza determinada. En su gran trabajo sobre la expresión de las emociones, Darwin ha hecho sobresalir muchas veces al papel de la herencia, anotando muchas expresiones, actualmente innatas, como resultado de una fijación hereditaria, y muchas expresiones, sin valor actual para el individuo, como supervivencias.

«Los principales actos de la expresión, en el hombre y en los animales, son innatos ó hereditarios; es decir, que no son un producto de la educación del individuo; esta es una verdad universalmente reconocida. El papel de la educación ó de la imitación está restringido de tal modo por muchos de estos actos, que se sustraen enteramente á nuestra inspección, desde los primeros días de nuestra vida, y durante toda su existencia; por ejemplo, el rubor, la aceleración de los latidos del corazón durante la cólera. Se puede ver á niños, de dos ó tres años apenas, ruborizarse de confusión, aun los que son ciegos de nacimiento... La herencia de nuestros actos expresivos explica cómo los ciegos de nacimiento pueden ejecutarlos lo mismo que las personas dotadas de vista. Podemos también por esto darnos cuenta del hecho de que, jóvenes y viejos, en las razas más diversas, lo mismo en el hombre que en los animales, expresan los mismos estados del espíritu por movimientos idénticos...

»En nuestra propia especie, cuando consideramos ciertos gestos que nos hemos acostumbrado á considerar, no como instintivos, sino como el producto de un convenio, caemos en una sorpresa quizá excesiva al reconocer que son innatos. Tal es el acto de alzar los hombros en señal de impotencia, ó de levantar los brazos, abriendo las manos y extendiendo los dedos en señal de asombro. Podemos deducir la herencia de estos gestos y de otros más viéndolos ejecutar por niños de poca edad, por ciegos de nacimiento y por las razas humanas más diversas. Hay que recordar también que se ha visto producirse en ciertos individuos y transmitirse á sus descendientes, á veces saltando muchas generaciones, ciertos gestos nuevos asociados á ciertos estados de espíritu determinados (1).

Un cierto número de otros gestos, que parecen innatos, son probablemente aprendidos, como las palabras del lenguaje; por ejemplo, el que consiste en elevar las manos juntas y en dirigir los ojos al cielo cuando se está rezando... No es perfectamente evidente que el hábito de inclinar ó de mover la cabeza, para afirmar ó negar, sea hereditario, porque no está universalmente repartido. Sin embargo, es demasiado general para que se pueda pensar que se ha adquirido aisladamente por cada uno de los individuos de un número tan grande de razas».

El lector encontrará en el libro de Darwin, en apoyo de estas conclusiones generales,

---

(1) En esa misma obra (p. 287 de la trad. franc.), Darwin cuenta el hecho siguiente: se sabe que los ingleses se encogen mucho menos de hombros que los franceses ó los italianos, y que los niños ingleses muy pequeños no lo hacen nunca. Se observó este gesto en una niña de diez y seis á diez y ocho meses, lo que provocó esta exclamación de su madre: «¡Mirad esta francesita, que se encoge de hombros!» Esta niña era hija de padres ingleses; pero su abuelo era parisién. Se le parecía en mucho, y tenía de común con él un gesto particular que Darwin describe. Este hábito desapareció gradualmente.



un cierto número de hechos sobre el modo de expresión del dolor, del placer, de la cólera (1).

Se podrá decir que todo esto es un legado fisiológico más bien que psicológico; pero si se reflexiona sobre ello, se comprenderá su importancia directa para nuestro asunto. De los modos de expresión actuales nos remontamos á los modos de expresión del pasado, de los que solo son el resultado orgánico. Así tenemos alguna luz sobre los sentimientos primitivos de la animalidad. Vemos sobre todo lo que la herencia acumula y forma en nosotros: y en cualquier modo de expresión, el más vulgar, el más universalmente extendido en la especie humana, podemos encontrar la marca indeleble de generaciones innumerables que le han hecho tal como es y que han trabajado de una manera inconsciente en fijarlos para siempre.

Por lo demás, vamos á estudiar la herencia de los sentimientos tomados en sí mismos.

## II

Nos reduciremos á no citar más que sus hechos salientes, es decir, las pasiones bastante violentas ó bastante extrañas para que la medicina, la historia, ó la justicia se hayan ocupado de ellas; pero cada cual, reuniendo sus recuerdos verá fácilmente que ciertas maneras de sentir y por consiguiente de obrar, pueden conservarse hereditariamente en las familias más oscuras.

Primeramente, en los animales, la transmisión de los rasgos del carácter individual es un hecho tan común, tan comprobado, que podríamos prescindir de ejemplos. «Un caballo de natural asustadizo, sombrío, rebelde, dice Buffon, produce potros que tienen el mismo natural.» Todos los ganaderos y jefes de yeguas han hecho observaciones análogas con respecto á los caballos padres.

«La herencia, dice Girou de Buzareingues, puede extenderse en los animales hasta con las disposiciones más extrañas. Un perro de caza cogido en la lactancia y criado lejos de su padre y de su madre era de una terquedad incorregible, y, cosa rara, temía, hasta el punto de no cazar, la explosión de la pólvora, que excita tanto ardor en los perros. A la sorpresa que mostraba por ésto una persona, se le respondió: «No hay nada más natural, su padre era así.»

En el cruzamiento de las razas y de las especies, la transmisión de los caracteres no es menos chocante. Hemos visto en el cruzamiento del cerdo y el jabalí, del lobo y del perro, que una parte de los hijos heredaban instintos salvajes, otra instintos domésticos. Girou ha observado hechos análogos en el cruzamiento de las diversas razas de perros y gatos.

Recordemos, por último, el hecho citado por Laycock, con motivo de los caballos, que se ha referido algunas páginas atrás, al tratar de la herencia del olfato.

La herencia de las inclinaciones, de los instintos y de los pasiones en los animales es una demostración perfecta de esta forma de la herencia en el hombre, porque nos desem-

(1). Páginas 165, 197, 198, 213, 227, 333, 337, 338, 373. «La facultad de actuar fácilmente sobre los músculos del dolor parece ser hereditaria, como casi todas las facultades humanas. Una mujer perteneciente á una familia célebre por el número considerable de actores y actrices renombrados que ha producido, y que sabe ella misma representar la expresión del dolor con una precisión singular, ha contado al Dr. Crichton Browne que todos sus antepasados habían poseído esta misma facultad en un grado notable. Parece también que el último descendiente de la familia, que ha inspirado la novela de W. Scott, *Redgauntlet*, ha heredado esta misma tendencia de raza.» (*Ibid.*, p. 197).

baraza de todas las explicaciones superficiales, sacadas del influjo de la educación, del ejemplo, de la fuerza del hábito, de las causas exteriores con las cuales se ha creído poder reemplazar á la herencia.

CH. RIBOT

## CRÓNICA CIENTÍFICA

*La aviación.—El problema no está resuelto aún.—La cuestión del motor.  
Cálculos elementales.—Enunciado real de la cuestión.*

El aeronauta sudafricano, M. Beedle, anuncia que el punto capital de su aeronave es un motor mucho más ligero que los empleados hasta el día por sus concurrentes. Si el hecho es positivo, tiene algunas probabilidades de resolver el problema de la aviación; pero de todos modos, el problema dista mucho de haber sido resuelto, y siempre por la misma causa.

—«Mi motor no es bastante poderoso, mi aparato pesa demasiado».— Tal es la explicación que de su fracaso da M. Roze.

En cuanto á M. Santos-Dumont, sus experimentos, en resumen, son inferiores á los de sus predecesores, y gane ó no el premio Dentsch, poco importa respecto á la solución del problema. El único hecho sobre el que cree deber protestar contra ciertas alteraciones—insignificantes—del programa primitivo, prueba claramente que ha pensado intentar un experimento determinado, jamás en resolver el problema, porque en ese caso no le preocuparía una ligera variación en el programa.

\* \*

He recibido cartas de algunos lectores en que se me pide que fije definitivamente mi criterio sobre el verdadero enunciado del problema, y dé al mismo tiempo pruebas capaces de convencerlos de la exactitud de nuestras afirmaciones.

Me complazco en satisfacer ese deseo, y para probar que mi convicción data ya de larga fecha y no es la consecuencia de los experimentos recientes, permítaseme citarme á mí mismo, reproduciendo el resumen de un artículo publicado hace ya tres años en la *Revue Blanche*, de París, con el título «La navegación aérea.»

Mis lectores me dispensarán si recorro por una vez á algunas fórmulas matemáticas, aunque muy sencillas, pero necesarias á mi objeto.

Todo se reduce, escribía yo á la sazón, á preguntar á cada inventor:—¿Ha encontrado usted el motor?

Esa es la pregunta que he planteado á los inventores que han venido á consultarme y mostrarme sus planos, muy ingeniosos á veces, pero nulos, por desgracia, por falta de un motor que está aún, sin duda, por descubrir.

Casi nunca he logrado hacerles comprender que el problema de la aviación propiamente dicho no existe ya; que un helicóptero del género Faranini, que un pájaro mecánico del género Tatin, que cualquier otro aparato aéreo resolvería la cuestión en cuanto pueda disponerse de un motor conveniente, *et si non, non*.

En efecto, sea  $p$  el peso de la masa  $m$  considerada (máquina, aeronauta y accesorios);

sea  $v$  la velocidad adquirida en un momento dado;  $g$  la intensidad de la pesantez, que es igual en París á 9,809.

El trabajo mecánico  $T$  de la pesantez, transformado en potencia viva, es igual á la mitad de la energía, es decir, á la mitad del producto de la masa por el cuadrado de la velocidad.

Luego

$$T = \frac{1}{2} m \cdot v^2$$

Y como

$$m = \frac{P}{g}$$

y

$$v = gt$$

tendremos:

$$T = \frac{1}{2} \frac{P}{g} v^2 = \frac{1}{2} \frac{P g^2 t^2}{g}$$

es decir, simplificando:

$$T = \frac{P g t^2}{2}$$

Haciendo  $p = 1$  y  $t = 1$ , tendremos el trabajo efectuado al cabo de *un* segundo por la pesantez, obrando sobre una masa de *un* kilogramo:

$$T = \frac{1 \times 9,809 \times 1}{2} = 4,904 \text{ kilográmetros.}$$

En virtud del principio de la reacción igual y contraria á la acción, es preciso, para destruir una fuerza cualquiera, poder oponerle una fuerza igual. Para sostener un peso de un kilogramo en medio de la atmósfera, se necesitaría, pues, gastar un trabajo útil de 4,904 kilográmetros por segundo. Pero como no se trata aquí sino de trabajo útil, y no puede contarse sobre un rendimiento superior á 50 por 100 (sobre todo si se tiene en cuenta el rendimiento propio del motor), será preciso producir un trabajo de 9,809 kilográmetros por segundo, para sostener en el aire un peso de un kilogramo.

\*\*\*

Establecido lo anterior, consideremos que un hombre pesa por término medio 65 kilos. Pongamos un peso igual para el conjunto de los órganos de flotación y de propulsión. Tendremos 130 kilogramos. Sea, en fin,  $a$  el peso del motor y de su combustible, cualquiera que sea; la potencia necesaria será:

$(130 + a)$  kilográmetros por segundo para la flotación solamente.

¿Cuánto será  $a$ ? De eso depende todo.

\*\*\*

¿Queréis que el motor tenga un peso insignificante, 20 kilogramos, por ejemplo?

Entonces la potencia requerida por el peso total de  $130 + 20 = 150$  kilogramos, será de:

$150 \times 9,809 = 1.471,35$  kilográmetros, ó sea unos 19 caballos de vapor.

¿Queréis un motor más pesado, que pese 200 kilos?

Necesitará que tenga una fuerza de:

$(130 + 200) \times 9,809 = 330 \times 9,809 = 3.236,97$  kilográmetros, sea unos 43 caballos

\*\*\*

«Pues—decía yo terminando—que los señores inventores encuentren un motor, sea de un peso de 20 kilos, con una fuerza superior á 19 caballos; sea con un peso de 200 kilos, con una fuerza superior á 43, etc., lo que aún está muy lejos, y de una vez habrán resuelto en principio el problema de la aviación y el de la navegación aérea. Entonces podrán repetir los experimentos de Renard y Krebs, no ya en condiciones especiales, sino en todas las condiciones imaginables. De lo contrario, el problema queda insoluble.»

He aquí lo que decíamos hace tres años y lo que repetimos hoy.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

---

# LA LUZ

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

**MAURICE DONNAY Y LUCIEN DESCAYES**

(CONCLUSIÓN DEL ACTO PRIMERO)

SR. FIGUEROLA.—De suerte, que quiera ó no quiera pasó á ser usted propietario.

ROS.—No. La quinta, sus dependencias y su material, constituyen á mis ojos un capital común é indivisible en que yo parto simplemente el usufructo con los demás habitantes de la colonia.

DOCTOR.—Pero esos habitantes, ¿dónde los ha reclutado usted?

ROS.—Entre mis camaradas y los primeros adheridos. Los he escogido, naturalmente, de distintas profesiones á fin de asegurar lo más posible la reciprocidad del trabajo.

DOCTOR.—¿Y se entienden bien ustedes?

ROS.—A maravilla. El principal motivo de riña está desterrado, ya que todo es de todos y que el ahorro moralizado no es más, como dice Proudhon, que el azote del comercio y el monumento de la miseria.

DOCTOR.—¿Los beneficios de ustedes son prósperos?

ROS.—Los principios han sido difíciles. La hacienda estaba casi abandonada. Ha sido preciso dar buenos golpes de azada y muchos abonos para que produjera algo. De los nuestros, algunos trabajaban en la ciudad, en casa de patronos, y traían á la colonia el dinero necesario para la compra de los utensilios y de las primeras materias. Hoy estamos libres de apuros; tenemos cuatro vacas en los establos, dos caballos en la cuadra, conejos y aves en el corral, legumbres en el huerto y nuestros cultivos dan gusto de ver. Tenemos al mismo tiempo rosas y otras flores... sin que comerciemos con ellas. ¡Qué lujo! Nos cocemos el pan nosotros mismos en un horno que los compañeros han construído, y el invierno próximo nos prometemos un bonito molino, con grandes aspas que harán signos á los amigos á través de la campiña.

SR. FIGUEROLA.—(*Sonriendo.*) Hoy se muele la harina más expeditivamente. Hay máquinas que destruyen y baten el trigo; y aun hacen el gesto augusto del sembrador. He ahí por qué los molinos ahora no tienen alas.

ROS.—(*Alegremente.*) Nosotros los repondremos... por diversión y para que se vengan con nosotros.

SR. FIGUEROLA.—¡Poeta!

DOCTOR.—¿Cree usted que llegará á ser bastante numerosa?

ROS.—Es menester considerar la extensión que puede tomar la colonia y no perder

de vista el fin de nuestra propaganda. Los beneficios, cuando los realicemos, serán consagrados á la adquisición de otros terrenos que haremos comunales, que nosotros poblaremos y en donde el apoyo mutuo podrá ejercerse en provecho de los niños, de los enfermos, de los débiles y de los ancianos.

DOCTOR.—Y los niños, ¿quién los instruye?

ROS.—¡Ah! Hasta aquí, nosotros. Se enseña lo que se sabe. Cada uno hace lo que puede.

SR. FIGUEROLA.—(*Eséptico.*) ¿Y ustedes creen haber resuelto la cuestión social el problema constante de la armonía entre todos los seres?

ROS.—La fórmula de la Internacional es hermosa: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.» Nosotros la aplicamos en nuestro medio.

SR. FIGUEROLA.—Pero, á pesar de todo, ustedes se ven obligados á admitir las relaciones de una sociedad con quien un círculo inflexible les estrecha.

ROS.—Evidentemente. ¡Ah! ¿Cree usted quizá que nosotros vamos á romper con ella de hoy á mañana?

SR. FIGUEROLA.—Lejos de eso.

ROS.—Usted lo retiene todo...

SR. FIGUEROLA.—(*Defendiéndose.*) ¡Ah! Personalmente...

ROS.—Es un hablar. Usted retiene la propiedad, los productos y los medios de producción; usted nos aplasta con su peso y se asombra de que nuestros movimientos sean lentos y perezosos. ¡Un poco de paciencial Media humanidad ha echado sobre la otra mitad un vasto filamento que la paraliza; nosotros recogemos una malla del filamento para empezar.

SR. FIGUEROLA.—¡Descúbrase el perjuicio y será al instante reparado!...

ROS.—(*Levantándose.*) Sólo podría ser cuando los ratones atacaran juntos y en todas partes á la vez al filamento. Es la primera malla la más difícil de romper.

SR. FIGUEROLA.—Tenga usted cuidado de ser la víctima de su instinto.

ROS.—El instinto de la bondad basado en la libre inteligencia y la solidaridad. ¡Hay instintos más bajos!

SR. FIGUEROLA.—Usted llegará únicamente á la repartición más equitativa de la miseria.

ROS.—Repartir desde luego lo que se tiene en la mano.

DOCTOR.—(*Tendiéndole la mano.*) Vamos, buena suerte para usted y sus camaradas, Sr. Ros; yo le prometo ir á ver al herido despues de mi consulta.

ROS.—Gracias.

SR. FIGUEROLA.—Me alegro mucho de estrechar su mano, Sr. Ros.

ROS.—(*Con natural bondad.*) Dispensen ustedes que haya sido un poco hablador.

DOCTOR.—No, señor, porque nos ha interesado.

SR. FIGUEROLA.—Y por otra parte, somos nosotros quienes le hemos interrogado.

ROS.—Con nosotros no hay necesidad de empujar mucho... Cuando se me pone en ese capítulo, hago en seguida propaganda... Vamos, hasta luego, señores.

#### ESCENA IX

DOCTOR, SR. FIGUEROLA

DOCTOR.—(*Pensativo.*) Diablo de hombre.

SR. FIGUEROLA.—¡Es que parece convencido el desgraciado!

DOCTOR.—Sería más digno de lástima si no lo estuviese.

SR. FIGUEROLA.—Tiene la cabeza llena de doctrinas, de fórmulas y de sistemas sociales que mezcla singularmente. A ese no es su estómago quien dirigiere mal, sino su cerebro; pero tú no te cuidas de eso.

DOCTOR.—Ni me gusta; la concepción es oscura, aunque un pequeño vagido que salga de esa obscuridad puede darle la vida que necesita.

SR. FIGUEROLA.—En fin; ¿á qué rama del socialismo se cuelga él exactamente? ¿Lo has comprendido tú?

DOCTOR.—Deja eso para Vernet. El hombre honrado que acaba de salir no se cuelga á ninguna rama: se agarra á manos llenas al tronco del sufrimiento universal para exterminarlo.

SR. FIGUEROLA.—Allí naufragará; es el eterno crédulo.

DOCTOR.—O el eterno Robinsón.

ROSA.—(*Entrando.*) Señorito; hay allí para la consulta...

DOCTOR.—Bien, bien, empecemos.

SR. FIGUEROLA.—Esta vez te dejo... Voy á conversar un rato con mi hija.

DOCTOR.—Bien, padre... toda la hora. (*A Rosa.*) Empecemos.

(*Figuerola vase por la puerta del fondo, mientras por la otra puerta sale una joven delgada, pálida, de aspecto triste y pobre en su ropa, y con un sombrero negro.*)

## ESCENA X

DOCTOR, ELENA

ELENA.—(*Timidamente.*) Buenos días, señor doctor.

DOCTOR.—Buenos días, señora... tenga usted la bondad de sentarse.

ELENA.—(*Sentándose.*) El objeto de mi visita es bastante delicado, señor doctor: vengo á encontrar á un confesor tanto como á un médico.

DOCTOR.—En muchos casos, nosotros hemos de ser, en efecto, lo uno y lo otro. Escucho á usted, señora. (*Se sienta. Momentos de pausa.*)

ELENA.—Dispénseme usted; estoy extremadamente turbada; apenas puedo hablar.

DOCTOR.—Tranquílese usted, yo se lo ruego... y sobre todo, explíquese sin temor. Veamos, ¿de qué se trata?

ELENA.—(*Levantando el velo del sombrero.*) Usted no me conoce... soy la institutriz de la escuela municipal, Elena Sotorra.

DOCTOR.—Es muy raro... se me ha hablado de usted hace un instante.

ELENA.—(*Sorprendida.*) ¿Es cierto? ¿Quién?

DOCTOR.—El Sr. Aristides Vernet, que sale de aquí.

ELENA.—(*Con un poco de altivez desdenosa.*) ¡Ah!, ¿pero á qué propósito le ha hablado de mí?

DOCTOR.—Me ha dicho que usted estaba muy fatigada, que tenía necesidad de reposo... á este objeto los dos debíamos ir á verla usted.

ELENA.—¿Para qué?

DOCTOR.—Pues para librarle á usted un certificado á fin de que pudiese obtener una licencia para ir á restablecerse en el seno de su familia.

ELENA.—Muchas gracias, señor doctor, por su benevolencia; pero como no tengo familia, no pediré licencia alguna.

DOCTOR.—Por consiguiente...

ELENA.—El Sr. Vernet no se lo ha explicado todo. Yo, señor, soy franca y le diré la verdad. El Sr. Vernet tiene un hijo que el año pasado, durante las vacaciones, me hizo

la corte. Parecía muy sinceramente enamorado; yo le escuché animada, es necesario decirlo, puesto que no lo rechazé; me consideraba feliz de que se ocupara alguien de mí... Al principio de nuestras relaciones, ese joven no me desagradaba; le amé, y... en fin, usted sabe lo que es esto. Desde entonces ha estado muy reservado, muy respetuoso. Terminadas las vacaciones volvió á Madrid, donde hace sus estudios. Nos escribíamos frecuentemente, muy frecuentemente. Vino por año nuevo á pasar algunos días con su familia. Yo le recibí; los sentimientos que por él experimentaba, no se atenuaron durante la ausencia... había pensado mucho en él... y me entregué.

DOCTOR.—Sí.

ELENA.—¡Oh!, evidentemente he tenido la culpa; ¡pero esos días de fiesta familiar son tan negros para los que como yo están solos!... le estaba reconocida de verlo cerca de mí y de demostrarme afecto y ternura... fui vencida, caí... después lloré amargamente... pero le amaba. Volvió á marchar, y por último vino otra vez. Encontró en mí á su novia... después que hubo marchado de nuevo, me apercibí de que estaba en cinta.

DOCTOR.—Sí.

ELENA.—Cuando le escribí para anunciarle esa nueva, ese desastre... no me contestó. Le he escrito otras cartas punzantes, se lo aseguro á usted, doctor, y siempre sin respuesta. No le diré á usted mis desilusiones, mi desesperación, mis noches de insomnio y de lágrimas. (*Llora.*)

DOCTOR.—Pobre hija mía, lo veo bien... ¿Qué es lo que hace en Madrid ese joven?

ELENA.—Cursa derecho... ha debido terminar este año.

DOCTOR.—¿Qué edad tiene?

ELENA.—Veintitrés años... Estos últimos días, su padre, el Sr. Vernet, ha venido á encontrarme, y me ha anunciado que estaba al corriente de la situación.

DOCTOR.—¡Ah!

ELENA.—Pero me ha prevenido que no esperara una *regularización*, que tenía otros proyectos para su muchacho, como él le llama, y que no le había hecho dar la instrucción que posee para que se casara con una institutriz; añade, que nada probará que el padre de mi hijo sea el suyo; en fin, todo lo que un padre puede decir en semejante caso. Por último, me ha propuesto obtener un permiso y, me da vergüenza entrar en estos detalles, me ha ofrecido una pequeña indemnización.

DOCTOR.—¿Que usted no ha aceptado?

ELENA.—(*Con energía.*) No.

DOCTOR.—Dispense usted... ¿á cuánto ascendía esa indemnización?

ELENA.—Ochocientas pesetas.

DOCTOR.—Una miseria.

ELENA.—Es lo que gano en un año. Sin duda alguna, el Sr. Vernet querría que yo me alejara... Me aconseja ir á Madrid, donde me sería más fácil ocultar mi falta. Pero, suponiendo que yo acepte la suma irrisoria que me ofrece, ¿y después? ¿qué haré? ¿Qué será de mí con aquella carga en los brazos? Sin recursos, sin apoyo; además, ya se lo he dicho á usted, estoy sola en el mundo, nadie se interesa por mí.

DOCTOR.—Pero usted volverá á encontrar sin duda su plaza aquí.

ELENA.—Si yo parto, el Sr. Vernet me reemplazará muy satisfecho de haberse desembarazado de mí, se arreglará por hacer mi retorno imposible. Aún no estoy segura de ser enviada á otro sitio, en desgracia. Basta un informe denunciando mi falta, para que se me prive de la enseñanza. Por otro lado, yo no quiero partir y seré destituida al momento. El Sr. Vernet es muy poderoso aquí y no tiene escrúpulos. Tal es la situación.

DOCTOR.—Todo lo que usted me dice es horrible, pobre hija mía; pero, ¿no puede usted hacer una última tentativa cerca de Vernet, hijo? Si usted quiere... yo le facilitaré los medios.

ELENA.—No sé dónde está. Su padre lo ha enviado á Alemania: irá de allí á Inglaterra y no volverá antes de tres años.

DOCTOR.—Entonces, ¿qué piensa usted hacer?

ELENA.—No sé... no sé... estoy desesperada. No tengo más solución que la muerte, y, por otra parte, no quisiera morir... tengo diez y nueve años.

DOCTOR.—No es necesario morir por esto.

ELENA.—(*Levantándose.*) Entonces, usted solo puede salvarme.

DOCTOR.—¿Yo?

ELENA.—Sí, usted. Yo sé que usted tiene ideas generosas, que usted está lleno de una ardiente piedad para los humildes.

DOCTOR.—Pero ¿en qué puedo yo serle útil?

ELENA.—(*De pie cerca del doctor.*) Míreme usted bien... no lloro ya; sé ahora lo que quiero y mi resolución es firme... es preciso que este hijo no venga al mundo.

DOCTOR.—¿Cómo impedirlo?

ELENA.—Usted debe saberlo mejor que yo.

DOCTOR.—¿Es por eso por lo que ha venido á verme?

ELENA.—Sí.

DOCTOR.—No puedo hacer lo que usted me pide.

ELENA.—¿Por qué? Yo no le traicionaré... nadie lo sabrá... Sólo los Vernet podrían hablar, pero están ellos mismos demasiado interesados en callarse; y si lo sospecharan, estaríanle aún agradecidos de una solución que no han osado proponerme, y que resolvería admirablemente el asunto.

DOCTOR.—Se equivoca usted, señorita, imputando mi negativa al temor de los guardias ó de los tribunales. Yo no puedo hacer lo que usted me pide, porque mi conciencia y mi deber profesional me lo prohíben.

ELENA.—¿No hay casos en que el médico sacrifica al hijo para salvar á la madre?

DOCTOR.—Se trata entonces de medicina, mientras que ahora usted me pide cometer un crimen. Yo no tengo el derecho de suprimir una criatura humana.

ELENA.—¡Es ella tan poco! En tanto que si recurro al suicidio, y es lo que llegará si usted no viene en mi ayuda, mi hijo morirá conmigo, siendo de un mismo golpe suprimidas dos criaturas humanas. Por otra parte, el hijo cuyo nacimiento es esperado ardentemente por un padre y una madre, cuya cuna será recalentada de caricias, aquélla sí que es una existencia humana; pero el que de antemano está abandonado de su padre, el bastardo que nace en la miseria en medio de las maldiciones y de las lágrimas de la madre, aquél no es una criatura humana.

DOCTOR.—¿Qué es, pues, entonces?

ELENA.—Es una debilidad, y usted debe librarme de ella. Además, desde el momento que el padre no se interesa por su hijo, quedo yo el solo juez de lo que tengo de hacer... Después de todo, soy la única dueña de lo que llevo conmigo.

DOCTOR.—Sí, sé todo lo que usted puede decir, y me conduelo de todo corazón.

ELENA.—¡Eso me ayuda mucho, en verdad!

DOCTOR.—Estoy dispuesto á ayudar á usted con mis consejos, con mis cuidados cuando el momento llegue; yo me ocuparé en la medida de mis fuerzas de usted y de su hijo; pero, repito una vez más, no puedo hacer esa obra.



ELENA.—Sea; yo encontraré en Madrid ó en otra parte gente menos escrupulosa.

DOCTOR.—Sin duda que los encontrará; pero como usted me ha confiado su secreto y sus intenciones, me ha hecho responsable de cualquier acto que usted ejecute.

ELENA.—Sus escrúpulos son exagerados.

DOCTOR.—O entonces es menester no decirme nada. ¿Pero cree usted que sólo los hijos legítimos tienen su cuna recalentada de caricias? Usted ha decidido no amar á su hijo; pero usted no sabe nada. ¿Lo ha sentido siquiera mover? Aún no... Entonces no puede usted saber lo que hará. La maternidad es un sentimiento que se desarrollará segura y lentamente en el corazón de usted al mismo tiempo que el hijo en sus entrañas; y este hijo que usted quiere detestar, quizá sea el fin y el goce de su vida... y su consuelo.

ELENA.—No lo creo. Admitiendo que venga al mundo, será preciso que lo meta en un asilo, pues yo gano apenas para mí sola. ¡Dulce perspectiva! Y menos mal, si, gracias á los esfuerzos constantes, consigo educarlo; no podré tenerlo cerca de mí, puesto que estaré obligada á trabajar, precisamente para criarlo. Deberé enviarlo á una nodriza, puesto á pensión... no lo veré casi nunca... estaremos siempre separados... y en manos extrañas. Francamente, ¿es esto un castigo? Y si caigo enferma, si muero, ¿qué es lo que será de él? Se atracará de hambre, mientras que su padre hará un matrimonio rico, se casará con una heredera, comprará un despacho de abogado y vivirá egoísta, tranquilo, honrado, feliz. ¡Ah, no, esto no es justo!

DOCTOR.—Vamos, vamos, pobre hija mía, cálmese usted, se lo ruego. Usted aún aumenta el mal.

ELENA.—Poco importa... le es fácil á usted predicarme la calma; pero yo tengo la rabia y la ira revuelta dentro del corazón. ¡Ah!, para criar este hijo tendré tanta necesidad de odio como de amor.

DOCTOR.—¿Qué quiere usted decir?

ELENA.—Yo querré educar á mi hijo contra su padre, comprende usted, contra su padre... Yo querré que él lo encuentre siempre en su camino como una piedra de escándalo, y que se alce ante él como un reproche viviente, como una reivindicación de carne y hueso, su propia sangre!... Pero para esto es preciso que yo no me aleje de aquí.

DOCTOR.—Escuche usted, se me ocurre una idea. Claro que esto no son sentimientos de resignación; pero si usted los experimenta así, es que tiene fuerza y voluntad de vivir y de luchar para vengarse. Dejemos la resignación para los resignados. Además de esto, como la ley, y por consiguiente la sociedad, no obliga al padre á reconocer su hijo, ¡tanto peor para la sociedad si tiene más tarde en ese niño un enemigo más, un rebelde! Nada se pierde. Oiga usted, ¿puede usted aguardar hasta mañana?

ELENA.—¡Oh!, sí.

DOCTOR.—Vuelva usted á verme mañana... quizá encuentre yo el medio de que no tenga que marchar usted. Vamos, hasta mañana y tenga usted valor.

ELENA.—Muchas gracias, señor doctor, le prometo que no me faltará.

DOCTOR.—Estoy seguro.

## CAE EL TELÓN

MAURICE DONNAV.—LUCIEN DESCAYES

Traducción de Soledad Gustavo.

# PARIS

(Continuación.)

—¡Hola!—exclamó—parece que su discípula le honra. Sepa usted que ya lee muy correctamente, y que comprende bien los libros que usted la trae... ¿No es verdad, Lisa, que ahora me das lectura por la noche?

La joven alzó sus ojos de cándida expresión, y miró á Antonio con una sonrisa de infinito agradecimiento.

—¡Oh!—dijo — todo lo que él quiera enseñarme lo sabré y lo haré.

Todos se rieron, y como los tres visitantes se marchaban al fin, Francisco se detuvo ante una figura que se habia agrietado al secarse.

—Un proyecto abortado—dijo el escultor —; quería hacer una Caridad que me encargaron; y por más que busqué, todo lo que conseguí encontrar era tan trivial, que he dejado secar la arcilla... Sin embargo, trataré de continuar ese trabajo.

Una vez fuera, Pedro tuvo la idea de remontar hasta la basílica del Sagrado Corazón, con la esperanza de encontrar al abate Rose. Los dos hermanos quisieron acompañarle; y dando la vuelta por la calle Gabriela, llegaron á las pendientes de la calle Chape, las cuales franquearon. Cuando llegaban á la altura, delante de la iglesia, donde se elevaba un bosque de andamios bajo el claro cielo, encontraron á Tomás, que volvía de la fábrica por la calle Lamarck, á donde habia ido para dar una orden al fundidor.

—¡Ahl!—exclamó con expresión de alegría—estoy muy contento, pues creo que voy á encontrar para nuestro pequeño motor... Diga usted á mi padre que todo va bien, y que procure curarse pronto.

Con brusco movimiento, y por un mismo impulso al oír esta exclamación de Tomás, sus dos hermanos se estrecharon contra él; y así formaban los tres reunidos un grupo magnífico; no tenían más que un corazón que latía de contento ante la idea de que el padre quedaría regocijado al recibir una buena noticia, y que esto le ayudaría á restablecerse. Pedro, que ya los conocía bien y que comenzaba á quererlos, quedó maravillado de aquellos tres colosos que tanto se amaban, cuya semejanza era tan notable, y que unidos así en una falange heroica, expresaban tan bien su amor filial.

—Dígale usted que le esperamos, y que á la primera señal estaremos á su lado.

Los tres hermanos estrecharon vígicamente la mano del sacerdote, y como éste los viera alejarse en dirección á la casita, cuyo jardín divisaba, parecióle distinguir una fina silueta, un rostro blanco iluminado por el sol, que se reflejaba en los negros cabellos. Sin duda era María que cuidaba de sus lilas. Y con los ojos deslumbrados por la dorada luz, volvió la cabeza, y ya no vió bajo el otro lado del cielo más que la mole del Sagrado Corazón, imponente y soberbia, que ocultaba aquel rincón del horizonte.

Pedro habia permanecido en pie, inmóvil en el mismo sitio, agitado de los sentimientos y de las reflexiones más contrarias, y poseído de tal turbación, que le era de todo punto imposible leer claramente en su interior. Ahora estaba casi de frente á la ciudad: París inmenso se desarrollaba á sus pies, un París limpio y ligero, bajo la claridad sonrosada de aquella tarde de precoz primavera. El mar sin fin de los tejados destacábase tan marcadamente, que se hubieran podido contar las chimeneas, y los pequeños puntos negros que indicaban las ventanas en número infinito. En el aire sereno, los edificios parecían buques anclados, como una escuadra detenida en su marcha, cuyos altos mástiles se

destacaban iluminados por los postreros rayos del sol; y jamás Pedro había distinguido mejor las grandes divisiones de aquel mar humano. La ciudad del trabajo manual allí abajo, al Este y al Norte, con el ruido y el humo de las fábricas; la ciudad del estudio, del trabajo intelectual, serena y tranquila, al Sud del otro lado del río; mientras que la pasión del negocio estaba en todas partes, en los barrios del centro, donde se precipitaban las multitudes, entre el continuo estrépito de los coches; y la ciudad de los felices, de los poderosos, de los que luchaban por la posesión del poder y de la riqueza, desarrollaba al Oeste su aglomeración de palacios á la luz del astro encendido en su ocaso.

Y desde el fondo de su negación, del vacío que experimentaba por haber perdido su fe, Pedro sintió pasar la deliciosa frescura de una fe nueva, sin que le hubiera sido posible formular siquiera la esperanza. Pero entre los rudos obreros de la fábrica, el trabajo manual le había parecido ya necesario y redentor, á pesar de la miseria y de la abominable injusticia á que conducía. Y he aquí que la juventud intelectual, de la que había desesperado, esa generación de mañana que creía perdida por no haber vuelto al error y á la antigua perversión, acababa de revelarse á él llena de viriles promesas, resuelta á continuar la obra de sus mayores, conquistando para la única ciencia toda verdad y toda justicia.

## V

Había transcurrido ya un mes largo que Guillermo se había refugiado en casa de su hermano en Neuilly. Casi curado de su herida en la muñeca, levantábase hacía largo tiempo, y pasaba algunas horas en el jardín; mas á pesar de su impaciencia por volver á Montmartre para ver los suyos y continuar sus trabajos, las noticias de los diarios le inquietaban todas las mañanas, induciéndole á diferir su regreso. La misma situación se eternizaba: Salvat, de quien se tenían sospechas, fué visto una tarde en el mercado; pero la policía perdió otra vez su pista, y su detención era inminente. ¿Y qué sucedía si hablaba? ¿Se practicarían nuevas pesquisas?

Durante una semana, la prensa no se ocupó más que del punzón encontrado bajo el pórtico del palacio Duvillard. Todos los periodistas de París habían visitado la fábrica de Grandidier para interrogar á los obreros y al patrón, á fin de dar dibujos; y algunos llegaban hasta el punto de hacer un informe personalmente, con el objeto de apoderarse ellos mismos del culpable. Todos se chanceaban sobre la impotencia de los agentes de policía, y habíase despertado una verdadera pasión para dar caza al delincuente; los diarios publicaban las especies más extravagantes, fruto de la imaginación bajo el imperio del terror, y se anunciaban nuevas bombas, llegándose á decir que París se volaría seguramente el día menos pensado. *La Vos del Pueblo* inventaba diariamente alguna nueva noticia que estremecía á los lectores, cartas de amenaza, pasquines incendiarios, varias conspiraciones tenebrosas; y jamás semejante contagio, tan necio y tan vil había llevado de tal modo la demencia á través de la ciudad.

Al despertar Guillermo, esperaba ya con ansia los diarios, estremeciéndose cada vez ante la idea de que iba á leer algo sobre la detención de Salva. La violenta campaña que se hacía, los disparates y absurdos que encontraba, le ponían fuera de sí en su excitación. Habíanse detenido sospechosos, á la casualidad, toda la turba que se consideraba como anárquica: honrados obreros y bandidos, iluminados y holgazanes; en fin, la más extraordinaria multitud confusa, que el juez de instrucción, Amadiou, se esforzaba para transformar en una vasta asociación de malhechores. Y cierta mañana, Guillermo había visto hasta su nombre citado con motivo de una pesquisa en casa de un periodista

revolucionario, de gran talento, del cual era amigo. Su corazón se rebelaba; pero comprendía que era prudente tener más paciencia, en el fondo de aquel tranquilo retiro de Neully, puesto que de un momento á otro la policía podía invadir la casita de Montmartre y detenerle si le encontraba.

En aquella sorda y continua angustia, los dos hermanos estrechamente encerrados, pasaban una existencia dulce y solitaria; el mismo Pedro evitaba ahora salir y permanecía días enteros en la casa. Corrían los primeros días de Marzo, y una primavera precoz comunicaba al pequeño jardín un encanto juvenil; pero desde que Guillermo abandonó el lecho, instalóse ante todo en el antiguo laboratorio de su padre, transformado en una vasta habitación de estudio. Todos los papeles, todos los libros del ilustre químico estaban allí aún, y el hijo acababa de descubrir trabajos comenzados, toda una lectura que le retenía allí desde la mañana hasta la noche. Sin echarlo de ver, gracias á ese trabajo soportaba con paciencia su reclusión voluntaria; y Pedro, sentado á la misma mesa, leía también á menudo; pero cuántas veces sus ojos se alzaban del libro para perderse en la meditación sombría, en el vacío en que volvía á caer siempre! Durante horas enteras, los dos hermanos permanecían así uno junto á otro sin pronunciar palabra, absortos en el silencio. Algunas veces se cruzaban sus miradas y sonreían, sin creer necesario decirse de otro modo cómo se amaban ahora. En ellos renacía el sincero cariño de otro tiempo, y toda aquella casa de la infancia, con su padre y su madre, representábaseles en el aire sereno que respiraban. La ventana de cristales que daba al jardín orientábase en la dirección de París, y no interrumpían sus lecturas ni sus largas meditaciones, inquietas algunas veces, sino para prestar oído y escuchar el lejano rumor de la gran ciudad.

A veces, también, extrañábaseles oír unos pasos continuos sobre sus cabezas: eran los de Nicolás Barthés, que ocupaba la habitación de arriba desde que Teófilo Morin le buscó aquel refugio con motivo del atentado. Bajaba muy poco; y apenas se arriesgaba en el jardín, por temor, según decía, de que le viesen y le reconocieran de una casa distante cuyas ventanas ocultaba una pequeña arboleda. La persecución de la policía podía hacer sonreír al viejo conspirador; y sus pasos de león enjaulado, el continuo paseo del prisionero eterno, que había pasado las dos terceras partes de su vida en el fondo de todos los calabozos de Francia por la libertad de los demás, no dejaba de contribuir, en la pequeña casa silenciosa, á la melancolía conmovedora, al ritmo mismo de todo lo que se esperaba de bueno y de grande, de todo lo que no vendría jamás.

Raras eran las visitas que perturbaban la soledad de los hermanos. Desde que la herida de Guillermo se cicatrizaba, Bertheroy iba con menos frecuencia; el más asiduo seguía siendo Teófilo Morin, que cada dos días tiraba de la campanilla discretamente, de noche, á la misma hora. Profesaba á Barthés el culto que se tributa á un mártir, aunque no participase de sus ideas; subía á pasar una hora á su lado y sin duda hablaban poco, pues nada se oía en la habitación. Cuando iba á sentarse un momento en el laboratorio con los dos hermanos, Pedro se asombraba al observar su aire de gran fatiga, con el cabello y la barba de un gris ceniciento, y los ojos apagados; solamente brillaban como ascuas cuando se hablaba de Italia. Cierta día que se nombró á Olando Prada, el gran patriota, su compañero de victoria en la expedición legendaria de los mil, Pedro quedó estupefacto al notar el entusiasmo que hacía brillar sus ojos de muerto; pero esto era fugaz como el relámpago, y el viejo profesor recobraba muy pronto su aspecto habitual. Ya no se veía en él más que el compatriota y el amigo de Proudhon, que fué más tarde celoso discípulo de Augusto Comte. De Proudhon conservaba el espíritu de rebelión del pobre contra el rico, la necesidad de una repartición equitativa de la fortuna; pero los

nuevos tiempos le inquietaban; así por doctrina como por temperamento, no podía aceptar hasta el fin los medios revolucionarios. Comte le había dado después seguridades positivas en el orden intelectual, y se atenía á la lógica, al método decisivo y claro del positivismo, desechando las inútiles hipótesis metafísicas, convencido de que solamente por la ciencia se resolvería el problema humano, social y religioso. El mismo Comte había concluido por el más confuso de los misticismos; los grandes sabios estaban sobrecogidos de terror ante la verdad y los bárbaros amenazaban el fin del mundo con una nueva noche, lo cual le hacía casi reaccionario en política, resignado de antemano á la llegada del dictador que restablecería un poco de orden para que la instrucción de la humanidad terminase.

Los demás visitantes eran á veces Bache y Jauzen, que llegaban siempre juntos, tan sólo de noche. En algunas ocasiones se entretenían hablando con Guillermo hasta las dos de la madrugada. Bache se expresaba siempre con su acostumbrada lentitud para exponer sus ideas; no hacía más que saludar cortésmente á Saint-Simon, el iniciador que fué el primero en proclamar la ley de la necesidad del trabajo, á cada cual según sus obras; pero cuando llegaba á tratar de Fourier, su voz se enternecía, y manifestaba toda su religión. Este último era el verdadero Mesías, esperado de los tiempos modernos; el Salvador cuyo género había sembrado la buena semilla del mundo futuro, reglamentando la sociedad de mañana tal como se establecería seguramente. Nada le desalentaba: si una comunidad comenzaba á transformarse en sociedad nueva, todo el departamento la seguiría al punto, imitando el ejemplo los demás, y después la Francia entera. Aceptaba hasta la obra de Cabet, recordando la moción que había hecho en 1871, cuando presidía en la Comune, para que las ideas de Fourier se aplicaran á la República francesa, y parecía convencido de que las tropas de Versailles, ahogando en sangre la idea comunista, habían retardado en medio siglo el triunfo del comunismo. Desde que era consejero municipal, flotaba desde una secta socialista á otra, según se relacionaba más ó menos con su antigua fe; y experimentaba la necesidad de tenerla, en ese tormento de lo divino que, después de inducirle á expulsar á Dios de las iglesias, le llevaba á encontrarle al pie de un mueble.

Jauzen era tan mudo como su amigo Bache hablador; no pronunciaba más que algunas breves frases; pero cimbraban como látigos, cortando como la hoja de un cuchillo. Sus ideas y teorías, resultaban algo oscuras, tanto más, cuanto que su dificultad de expresarse en francés rodeaba sus palabras de una especie de bruma, según él mismo decía. Ruso, polaco, austriaco, ó tal vez alemán, pues ignorábase su nacionalidad, paseaba por las fronteras su sueño de fraternidad sangrienta, cuando, muy frío, sin hacer ningún ademán, y con su cara de Cristo pálido y rubio, dejaba caer una de esas palabras terribles que lo despejaba todo, como el golpe de la hoz en un prado, no deducía más que la necesidad de arrasar á sí los pueblos, para sembrar otros más jóvenes y mejores.

Lo que decía Bache respecto al trabajo, que podría hacerse agradable por los buenos reglamentos; la sociedad nueva organizada como un cuartel, y la religión restablecida en un deísmo panteísta, eran cosas que le hacían encogerse de hombros. ¿Para qué tales niñadas y composturas hipócritas cuando la casa se hundía y el mejor y único remedio era derribarla á fin de construir con materiales nuevos el sólido edificio de mañana? Respecto á la propaganda por el hecho, por las bombas, guardaba silencio, expresando tan sólo una esperanza infinita. Sin duda aprobaba; y en lo desconocido de su pasado, hubiérase dicho que se glorificaba de la leyenda que le señalaba como uno de los autores del atentado en Barcelona. Cierta día que Bache le hablaba de su amigo Bergaz, comprometido ya en un asunto de robo, le trató claramente de bandido; Jauzen se contentó con

sonreír, diciendo tranquilamente que el robo no era más que una restitución forzosa. Y en aquel hombre instruido y afinado, cuya vida misteriosa ocultaba tal vez crímenes, pero ningún acto vil ni deshonesto, adivinábase un teórico implacable, tenaz, y resuelto á incendiar el mundo por el triunfo de la idea.

Ciertas noches, cuando Teófilo Morin se encontraba con Bache y Jauzen, y los tres y Guillermo se entretenían hablando hasta muy tarde, Pedro los escuchaba desesperadamente desde el rincón obscuro donde permanecía inmóvil, sin tomar nunca parte en las discusiones. Las primeras veces se había interesado como hombre que, mortificado por sus negociaciones y enloquecido por la necesidad de lo verdadero, pensaba estudiar todas las ideas emitidas para reconocer el camino recorrido y el beneficio alcanzado; pero desde los primeros pasos, al oír que se discutía sin conciliación posible, se había perdido de nuevo. Después de las decepciones sufridas en Lourdes y en Roma, en aquella tercera prueba que hacía en París, comprendía que todo el cerebro del siglo estaba en cuestión, todas las verdades nuevas y el evangelio esperado, cuya predicción cambiaría la faz de la tierra. Y con excesivo celo, pasaba de una fe á otra, desechando ésta para aceptar aquélla. Por el pronto creyó ser positivista con Teófilo Morin, y evolucionista con su hermano Guillermo; pero el comunismo humanitario de Bache le enterneció después por su sueño fraternal de una próxima edad de oro. Hasta el mismo Jauzen le hizo vacilar un instante, al verle tan conmovido, en su orgullo feroz, en su sueño teórico, del individualismo libertador; pero después acabó por perder pie, no viendo ya más que las contradicciones, incoherencias caóticas de la humanidad en marcha. Todo aquello no era más que una aglomeración continua de escorias, donde él se perdía. Fourier, aunque émulo de Saint-Simon, le negaba en parte, y si la doctrina de éste se inmovilizaba en una especie de sensualismo místico, la doctrina de aquél parecía conducir á un código de regimentación inaceptable. Proudhon demolía sin reconstruir nada; y Comte, que creaba el método, poniendo la ciencia en su lugar, declarando que era la única soberana, no sospechaba siquiera la crisis social, que amenazaba llevárselo todo, y concluía como iluminado de amor, aniquilado por la mujer. También estos dos últimos entraban en lucha, batiéndose contra los otros, hasta tal punto de ceguedad general, que las verdades expuestas por ellos en común, quedaban oscurecidas y desfiguradas. Y de aquí ese extraordinario trastorno de la hora presente; Bache con Saint-Simon y Fourier, Teófilo Morin con Proudhon y Comte, sin comprender á Mege, el diputado colectivista, execrándole y anatematizándole como lo hacían, por otra parte, con todas las sectas socialistas actuales, sin darse bien cuenta de que procedían, sin embargo, de sus maestros. Esto parecía dar razón al terrible y frío Jauzen, cuando declaraba que la casa era irreparable, que se hundía y que era preciso derribarla.

Una noche, después de marcharse los tres visitantes, Pedro, solo con Guillermo, vió á éste, como entristecido pasear lentamente por la habitación, sin duda porque él mismo pensaba que todo se hundía. Y continuó hablando, sin pensar que su hermano tan sólo le escuchaba; manifestó su error al estado dictador, restableciendo más estrechamente la antigua servidumbre; y dijo que todas las sectas socialistas que se devoraban entre sí pecaban por la arbitraria organización del trabajo, humillando al individuo en beneficio de la comunidad. He aquí por que obligado á conciliar las dos grandes corrientes, los derechos de la sociedad y los del individuo, había acabado por poner toda su fe en el comunismo libertador, esa anarquía en que soñaba el individuo libre, obrando sin presión alguna para su bien y para el bien de todos. ¿No era la única teoría científica que las unidades crearan los mundos, y que los átomos produjeran la vida por atracción, por el

ardiente y libre amor? Las minorías opresivas desaparecían, y no quedaba más que el juego libre de las facultades y de las energías de cada cual, llegando á la armonía en el equilibrio siempre cambiante, según las necesidades de las fuerzas activas de la humanidad en marcha. Imaginaba así un pueblo libre de la tutela del Estado, sin dueño y sin ley casi, un pueblo feliz en que cada ciudadano, habiendo alcanzado por su independencia el completo desarrollo de su ser, se entendería á su antojo con sus vecinos para las mil necesidades de la vida. De aquí nacía la sociedad, la reunión libremente consentida, con centenares de asociaciones diversas, siempre variables, sin embargo, y hasta opuestas ú hostiles, pues el progreso no se hacía más que por conflictos y luchas, y el mundo no se había creado sino para el combate de las fuerzas contrarias. Y esto era todo; ya no habría opresores ni ricos ni pobres; el dominio común de la tierra, con sus útiles de trabajo y sus tesoros naturales se devolvía al pueblo, su legítimo propietario, que sabría disfrutar de ello justa y lógicamente cuando nada anormal entorpeciera su expansión. Solamente entonces existiría la ley de amor, se vería la solidaridad humana, que es entre los hombres la forma viviente de la atracción universal, adquirir toda su fuerza, acercarlos y unirlos en una sola familia. Hermoso sueño, muy noble y puro de la libertad completa, del hombre libre en la sociedad libre, al que debía conducir un espíritu superior de sabio, después de haber recorrido las demás sectas socialistas, todas impregnadas de tiranía. ¡El sueño anárquico es seguramente el más elevado, y qué dulzura fuera abandonarse á la esperanza de esa armonía de la existencia, que entregada á sus fuerzas naturales, crearía la felicidad!

Cuando Guillermo acabó de hablar, parecióle despertar de un sueño, y miró á Pedro con cierto asombro, temeroso de haber dicho demasiado, de haberle ofendido. Pedro, conquistado un instante, acababa de pensar en la objeción práctica y terrible, destructora de toda esperanza. ¿Por qué no reinó la armonía en los primeros días del mundo, al nacer las sociedades? ¿Cómo triunfó el despotismo, entregando los pueblos á sus opresores? Y si alguna vez se realizaba el problema innoble de destruirlo todo para edificar de nuevo, ¿quién podía prometer que la humanidad, obedeciendo á las mismas leyes, no seguiría otra vez los mismos caminos? Hoy era en suma tal como el mundo la hizo, y nada probaba que no volvería á ser lo que era. ¡Comenzar de nuevo, sí, mas para otra cosa! ¿Y esta otra cosa, estaría verdaderamente en el hombre, y no era el hombre mismo el que se hubiera debido cambiar?

EMILIO ZOLA

*(Se continuará).*

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)








---

## SECCION GENERAL

---

# CUESTIÓN PALPITANTE

### MAÑANA

- ¿Cómo vamos, Crispulo?
- ¡No me hables, Emilio, porque estoy dado á los demonios!
- ¡Chico, pues, no estás poco cambiado desde la otra vez que nos vimos! ¿Qué te sucede?
- Que esto es el fin del mundo...
- ¡Anda! ¿Y por eso te asustas? ¡Que no fuera cierto! ¡Así que hace poco tiempo que lo estoy esperando yo!
- ¡Hombre, me gusta tu frescura!
- Pues á juzgar por los síntomas que esto presenta, no tardarás en quedar complacido...
- ¿Por qué lo dices?
- Pero ¿acaso eres tan ciego que no observas lo que pasa? ¿No ves que ya no se respeta nada y que hoy los obreros son los verdaderos amos? No puede disponer uno en su casa; para cualquier asunto ha de consultar con las comisiones que esos antiguos perros de trabajadores nombran...
- Poco me importan á mí semejantes cuestiones...
- ¿Cómo que poco?
- Absolutamente nada. Hace mucho tiempo que no trato con ellos.
- ¿Te has retirado acaso del negocio?
- ¡Con las manos en la cabeza! Y no es eso lo peor, sino que como en toda mi vida he sabido trabajar—pues el taller y cuanto tenía lo heredé de mi padre—, ahora tengo que vivir de la voluntad de los amigos... De modo, que siento verdaderos deseos de que se arme la *gorda*...
- En ese caso, ¿tú también aplaudirás las exigencias cada vez mayores de esos brutos, que ni siquiera respetan la propiedad á tanto trabajo adquirida?
- Por lo menos, como nada tengo, me parece de perlas que os expropian á todos...
- ¡Fuera de ahí beduino! Eso es lo de *La Marsellesa*:
- «Somos descamisados,  
nos gusta la igualdad  
si yo no tengo un cuarto, etc...»
- Alto ahí, caballeros; los obreros, los trabajadores, los anarquistas, no queremos la expropiación por egoísmo, ni por venganza siquiera; no queremos expropiar á unos en beneficios de otros como ha hecho la burguesía, expropiando á la nobleza de raza en provecho propio; queremos expropiar á grandes y chicos, para mejorar las condiciones de la vida de todos; queremos la igualdad ante el derecho á la vida, porque á ella tenemos opción por el hecho mismo de haber nacido; y, en consecuencia de todo esto, queremos que todos trabajen para que la carga mejor repartida pueda sobrellevarse con más acilidad.



—Eso es, y los que con nuestro esfuerzo hemos logrado crearnos una posición independiente, tendremos que volver á ser de nuevo unos gañanes cualesquiera. ¡Bonitas teorías!

—Ya han pasado de teorías y van á ser hechos prácticos muy pronto. De modo, que es preciso conformarse y recibir el aluvión de la manera más digna posible.

—¡A tiros! Gracias á Dios aún contamos con la fuerza para hacer respetable nuestra propiedad contra las descabelladas pretensiones...

—No son descabelladas, son justas, Crispulo; el joven tiene razón. Y en cuanto á la confianza que tienes en el ejército es muy discutible, porque si el obrero se insurrecciona en la fábrica contra sus patronos, también se insurreccionará en el cuartel: obreros son unos y otros, y comunes son sus intereses.

—Habéis hablado cuerdamente... y estrecho vuestra mano, si me lo permitís, aunque no tengo el gusto de conoceros; os veo puesto en el verdadero camino y esto basta. Nosotros no odiamos por sistema; anhelamos el bien general, buscamos la felicidad de la humanidad, pidiéndole el ejercicio de todas sus energías y devolviéndole en cambio el fruto íntegro de sus afanes. El trabajo es una necesidad fisiológica y á él nos vemos compelidos todos los individuos, tanto más, cuanto más perfecto es nuestro estado de salud; pero en la sociedad que agoniza tiene carácter impositivo; los productos son acaparados por unos pocos en perjuicio de la mayor parte, que para reponer sus agotadas energías no reciben más compensación que la migaja que excita el ansia del hambriento sin satisfacerla... Y eso, ni es justo ni puede ser duradero. Las imposiciones patronales son las materias explosivas que á la mina se arrojan; el espíritu de rebeldía desarrollado en la masa proletaria es la chispa que consume la mecha; cualquier accidente puede activar la combustión y producir el estallido, tanto más formidable, cuanto mayores sean las resistencias que haya de vencer.

—En resumen, vosotros queréis que todos nos convirtamos en mozos de cuerda, braceros, etc., y eso es imposible.

—Cierto que es imposible. El individuo, para conservar su existencia, tiene muchas necesidades y hay que llenarlas todas; pero también tiene variadas aptitudes para ello. Si necesario es el arquitecto, no lo son menos el albañil y el peón, y así en todas las manifestaciones de la vida; pero hay en cambio abogados, militares, gobernantes, curas, empleados públicos... BURGUESES cuyos servicios son perjudiciales á una sociedad bien organizada, como lo será la que preconizamos. En ella el trabajo quedará reducido á los más estrechos límites. Hoy abundan á tal punto las máquinas, la mecánica hace tales progresos, que bien podemos asegurar que los músculos sólo necesitan para desarrollarse los ejercicios gimnásticos... Tomando el arte del agricultor poseemos, ya sembradoras mecánicas, arados, segadoras, gavilladoras, trilladoras, escardadoras, grúas automóviles, molinos movidos por la electricidad, etc., etc. y si todos estos medios estuvieren al alcance de todos, cualquiera puede realizar sin esfuerzo apenas muscular las faenas otro tiempo más rudas. Luego, libre el individuo de las preocupaciones que acarrea la inseguridad del mañana, siempre indeciso, podría dedicar gran parte de su actividad en modificar las condiciones del trabajo inventando nuevos mecanismos que le permitieran alcanzar el máximo de la producción con el menor esfuerzo posible.

—Hombre, no me parece eso malo del todo; pero es un sueño que jamás veremos realizado...

.....  
—¡Horror! ¡Salvémonos, Emilio! ¿No ves cómo corren por allá aquellos grupos...? Pa-

rece que se acercan... los guardias se repliegan... Descargas... incendios.. fuego por todas partes... Esto se acabó... ¡¡Huyamos!!

—¡No; detrás de la tempestad viene la bonanza!

A. CRUZ

## LA ADORACION DE DIOS

### I

En la *Glossa Juris Canonici* se encuentra en Extras Juan XXII, estas palabras: «Debe considerarse herético creer que el papa es Dios en la tierra». El papa Gregorio II escribía al emperador León Isáurico: «Todos los occidentales tienen fijos los ojos en nuestra humildad, y nos consideran como un Dios en la tierra». César Cantú, *Hist. Universal*, tomo III, pág. 334. «Al nuevo pontífice se le entrega un nuevo (anillo) el día que recibe la primera adoración de los cardenales». Cantú, *Hist. Univer.*, tomo VII, pág. 821.

### II

Enseñaron los paganos que había dioses inferiores y diosa madre, conocida con diferentes nombres, como Astarte, Isis, Diana, etc.; decían que era reina del cielo y que su imagen se había aparecido, porque bajó de allá... Véanse Jeremías, 7:44, Actos apostólicos, 19:35.

Ellos dijeron que era buena la práctica de adorar al Dios Supremo y á los dioses inferiores, valiéndose de *imágenes ó semejanzas*, que los representaran; pues las imágenes sólo eran retrato de sus dioses y servían para facilitar su culto; los ignorantes, mirándolas, aprendían á temer á Dios, le adoraban por este medio, y enseñaban, como en libros abiertos, por las imágenes, las verdades religiosas. Oigamos al pagano Porfirio: «El ignorante sólo ve en las *estatuas religiosas, piedra y madera*; pero fueron compuestas con la intención de expresar la fuerza y el poder de los dioses, para que, viéndolas el hombre, pudiera instruirse en la verdad religiosa cual en los libros.» Strabon dice: «Que por la vista de los cuadros, estatuas y esculturas, los hombres aprenden...» Véase *Hist. Univer.*, C. Cantú, tomo VIII, págs. 810 y 811. En fin, los paganos tenían su pontífice en Roma, él era rey y sacerdote; era llamado papa ó júpiter; decían que «él era la cabeza de la iglesia (asamblea) pagana, era llamado Dios y adorado, pues le besaban los pies...» Vemos por todo lo expuesto arriba, que los teólogos católicos y los teólogos paganos, enseñan y practican las mismas cosas.

### III

Inspirándome en los escritos de Manuel Zavaleta, continuó:

.....  
El apóstol Pablo, dice: «Para nosotros empero, hay un solo Dios, el Padre, del cual son todas las cosas...» I. Cor. 8:6. San Juan Evangelista nos enseña que Jesús dijo: «Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es menester que lo adoren.» Capítulo 4:24. Sólo al verdadero Dios debemos de adorar ó tributar culto. Escrito está: «al Señor tu Dios adorarás y á él sólo darás culto.» Mateo, 4:10.

Deducimos también que siendo Dios espíritu, no puede ser representado por ninguna imagen material. Pablo dice: «No hemos de pensar que la Divinidad sea semejante á oro ó plata, ó á piedra ó á escultura de artificio, ó de imaginación de hombre.» Actos, 17:29. La iglesia católica hace ó pretende hacer *imágenes* del Padre Eterno. «No visteis figura alguna el día que os habló el Señor en Horeb. No sea que engañados os hagáis figura entallada ó imagen de hombre y de mujer.» Deut. 4:15, 16. Biblia católica de Scio. Y no sólo las hacen, pero las adoran como mandan sus concilios. Se condena este culto

como idolátrico; en el segundo mandamiento encontramos: «No te harás estatua, ni imagen de cosa alguna de las que están arriba en el cielo ó abajo en la tierra, ó que habiten en las aguas debajo de la tierra. *No las adorarás ni les darás culto.*» Deut. 5:8, 9. Biblia católica. Pero Ripalda, en su catecismo, llamado de la doctrina cristiana, *borró con sacrilega mano* el segundo mandamiento que condena la adoración y culto de las imágenes. Los LXX intérpretes dicen en su versión griega (según la autoridad de Sixto V) en el Exodo 20:5, citando el segundo mandamiento: «No le darás homenaje ó culto externo (dulia), ni le darás el culto que se suele tributar á Dios (latría.)

Los apóstoles prohibieron y condenaron el culto de *dulia* dado á los ángeles. Colosenses 2:18. Véanse las notas del obispo católico Scio. Pedro reprobó el culto ó adoración de *dulia* que Cornelio le tributó como á un enviado de Dios. Actos, 10:25, 26. Véase la Biblia católica y las notas.

## IV

Los historiadores y teólogos católicos, nos dicen que los primitivos cristianos, después de los apóstoles, no daban culto á imágenes, ni tenían ninguna imagen de Jesús ni de los santos en sus lugares de culto. César Cantú nos dice en su *Hist. Univer.*, tomo 7.º, página 816: «La oposición de los hebreos á representar figuras, nos induce á creer que ningún retrato se hizo de Jesús ni de los apóstoles durante su vida. Tampoco debió hacerse por los cristianos enemigos de la idolatría; de modo que no puede existir ninguna imagen auténtica de Jesús ni de sus discípulos, ejecutada por la mano del hombre...» San Agustín prueba claramente que no existe ninguna imagen real de Jesús. El mismo autor dice: «No aparece que fué representado en la cruz el Divino Redentor antes del siglo III...» Gregorio de Tours dice: «Que habiéndole representado desnudo por la primera vez en el siglo VI, en la catedral de Narbona, hizo el obispo que lo cubriesen.» Lo mismo dice el canonista Tejeda en su *Colc. de Concilios de la iglesia de España*, en su nota del canon XXXVI del concilio de Elvira, y otros autores católicos. La cruz no comenzó á ser objeto de culto hasta después de Constantino, en el siglo IV, cuando dejó de ser instrumento de suplicio; así lo dice el doctor católico D. José Cuerva, de la Universidad de México, en su obra *Mier. revolución de México*, libros 1 y 2, apéndice de documentos XXXIII. Cantú dice también que los primeros cristianos no usaron la cruz. En el siglo III los paganos echaban en cara á los cristianos, por que no tenían imágenes ni sacrificios en sus lugares de culto. Al apologista cristiano Minucio Félix, le preguntaba su interlocutor gentil: ¿Por qué no tienen altares, ni templos, ni signos alegóricos ó imágenes?... Pero Orígenes les contestaba en el mismo siglo, en compañía de Minucio Félix: «que los cristianos tenían un altar en su corazón, en el cual le ofrecían sacrificios espirituales á Dios, y que ellos no adoraban imágenes porque Dios lo prohibía en su segundo mandamiento, que dice: «No te harás imágenes.» El concilio de Elvira, en el siglo IV, dijo: «No queremos que se pongan pinturas en las iglesias.» El canon XIV prohíbe á los cristianos tener imágenes en sus casas. El concilio V de Cartago, el año 400, manda que se destruyan las imágenes ó ídolos. En aquel tiempo se imponía pena de muerte á los idólatras. Y en el XVI concilio toledano, año 693, se excomulga á los idólatras, manda sean multados en la mitad de sus bienes, ó que reciban cien azotes y sean torpemente decalvados. Nótese que estos concilios condenaron el culto de las imágenes, citando los mismos textos de la Biblia que yo he citado antes. En el siglo VIII, el concilio de Francfort, condenó como herética la doctrina que enseñaba que las imágenes debían ser adoradas (*proskuneses*), postrándose delante de ellas; afirmando este concilio, que sólo para adorar á Dios debemos postrarnos. San Epifanio obispo, que vivió en el si-

glo IV, condenó á los coliridianos que adoraban á la Virgen María y le ofrecían sacrificios; la llamaban Reina del Cielo, y las mujeres eran las más fervorosas. Él les dijo: «que esto era apostatar de la verdadera fe cristiana, y según doctrinas diabólicas. Que nadie, pues, adore á María; es á Dios solo á quien pertenece esa prerrogativa.»

La iglesia romana se ha desviado mucho de la verdad, y ha caído en la idolatría, la cual está condenada por toda la antigüedad cristiana...

ACACIO RUIZ Y MENESES

Veracruz.

## SIXTO SAENZ DE LA CAMARA

(RECUERDOS DE MI PRIMERA EMIGRACIÓN)

### I

En todas las revoluciones políticas han aparecido hombres nuevos, surgidos inesperadamente de entre la efervescencia popular; hombres que guiados por sentimientos generosos se imponen la misión de empujar hacia adelante á las masas anunciando la obra santa de la Revolución que les precede. Estos hombres imitan á los antiguos poetas de las edades pasadas, verdaderos mesianistas que iban delante de los ejércitos prediciéndoles la victoria y afirmando, á golpe de lira, ó al eco de la flauta, las conquistas que alcanzaban en pro de la humanidad.

De nuestra Revolución de 1854, surgieron tres genios, que ninguno de ellos existe ya, por desgracia nuestra, y que todos tres imprimieron carácter, dieron tono á una época de nuestra historia política contemporánea y fueron encarnación viva de las doctrinas democráticas, finalidad principalísima que tuvo en sí aquella Revolución, dos años viviente nada más (la época del llamado *bienio*), en el seno de unas Cortes Constituyentes, disueltas á cañonazos por los que las traicionaron después de deberles su propio encumbramiento. Estos tres hombres fueron: Sixto Sáenz de la Cámara, Emilio Castelar y Cristino Martos. El primero se dió á conocer en su periódico *La Soberanía Nacional*, en cuyas columnas aparecieron también los primeros artículos que publicó Castelar; el segundo vino á la vida pública con su célebre discurso del teatro de la Plaza de Oriente, donde fué saludado por Gonzalez Bravo con la, desde entonces, tantas veces repetida frase de «yo te saludo, joven democracia», y el tercero en la tribuna popular y en la del Congreso de los Diputados, donde se erigió paladín á la vez que verbo de los ideales republicanos.

Tócanos en este estudio histórico trazar la vida, no más, del primero de estos hombres, con cuyo político nos unieron estrechos lazos de amistad que ni el tiempo, ni las vicisitudes han podido borrar de nuestro ánimo.

### II

En 1843 vino á Madrid Sáenz de la Cámara, con la representación de los progresistas de Haro (Logroño), cuando apenas si contaba veinticinco años, pues había nacido en fines de 1819. La actividad por él desplegada en la organización del partido y sus fogosos entusiasmos por la causa de la libertad le crearon en Madrid grandes simpatías. Uno de los que mejor le acogieron fué el rico banquero D. Lorenzo Calvo y Mateos, jefe de los llamados exaltados, quien le aceptó como su secretario particular, á la vez que la Junta central del partido progresista le nombraba Secretario de la misma.

Era aquella época de grande efervescencia política. De una parte, los partidarios del pasado, levantados en armas por la causa del infante D. Carlos, que disputaba el trono á su prima D.<sup>a</sup> Isabel II, y de otra, los partidos medios, en pugna con los titulados demócratas y los llamados exaltados, sus aliados en cuestión de conducta y aun de principios en más de un caso. Puede decirse que todo el país se encontraba perturbado, complicando más la situación política los trabajos de las logias de francmasones y los de las chozas de los carbonarios, de las cuales salió el partido republicano, formado de los jóvenes más ilustrados y prestigiosos que figuraban entonces, y entre los que sobresalían Orense, Espronceda y el conde de las Navas. Sáenz de la Cámara se afilió poco después á este partido, en el cual, desde su aparición en él, fué uno de sus apóstoles más entusiastas.

A muy poco su nombre comenzó á hacerse popular por sus trabajos en la prensa. Primeramente escribió en *El Nuevo Despertador* (1846), después en *La Atracción* (1847) y más tarde en *La Organización* (1848), de los cuales fué redactor con Garrido, Beltrán, Ordax Avecilla, Moya, Vega y Orense. En 1849 fundó *La Reforma Económica*, donde juntamente con Garrido sostuvo una campaña contra el doctrinarismo monárquico, que le valió la supresión del periódico. No se arredró por esto, y firme en sus propósitos fundó *La Asociación*, (1850) víctima también de las iras del fiscal de imprenta, no muy bien, al contar seis meses de existencia.

Desde 1853 se preparaba una revolución por los elementos más avanzados. Los militares acaudillados por O'Donnell, Messina, Ros de Olano, Dulce y Echagüe, se conformaban con la caída del gobierno. Los elementos civiles querían algo más, pues había quien le parecía poco el cambio de dinastía y pedía la proclamación de la república. El coronel Hore inició el movimiento el 20 de Febrero de 1854 en Zaragoza, al frente del regimiento de Córdoba, que él mandaba. Muerto Hore en la contienda y fusilado Latorre (segundo jefe del expresado regimiento) el pronunciamiento fué sofocado aparentemente, pues cuatro meses después, el 28 de Junio, Dulce, con cuatro regimientos de caballería, y Echagüe con uno de infantería se sublevaron al salir á maniobras al Campo de Guardias, racionándose en Canillejas, donde O'Donnell los esperaba con otras fuerzas y varios grupos de paisanos, dirigiéndose todos á Alcalá, desde donde pidieron á la reina la destitución del gobierno, formado por *concusonarios y lapidadores*.

Gran efervescencia produjo este suceso en Madrid. Los antiguos progresistas se consideraban ya poder; los exaltados no se mostraban satisfechos y los demócratas se dieron á soñar nada menos que con el triunfo de sus ideales. Sáenz de la Cámara, gran amigo de la poetisa D.<sup>a</sup> Carolina Coronado, intentó publicar un *Manifiesto* que la poetisa se comprometía presentar á D.<sup>a</sup> Isabel II y en el cual los demócratas exponían su programa, para que la reina les entregase el poder. Al efecto Sáenz de la Cámara pasó á casa de Pí y Margall á encargarle la redacción del expresado documento, que había de aparecer suscrito por todos los demócratas. Negóse á firmarlo Orense, no quiso escribirlo Pí y Margall, y cuando redactado, al fin, por Sáenz de la Cámara, estaba imprimiéndose y la Coronado se preparaba á ponerlo en manos de la reina, circuló por todo Madrid el *Manifiesto* que los sublevados redactaron en Manzanares, obra de Cánovas del Castillo, y ya porque el ánimo del país se inclinaba á favor de los sublevados, ó porque la propia reina los mirase con cierta benevolencia, fué lo cierto que se desistió de tan absurdo plan, entregando Sáenz de la Cámara al fuego su propia obra, sin que se salvara de las llamas un solo ejemplar del citado documento.

Triunfante la revolución imprimió nuevo aspecto á la política española con expansionamientos en la prensa y la tribuna, y organizada la Milicia Nacional, se creó el valiente

batallón que mandara Becerra, y alma de él fué Sáenz de la Cámara, como lo demostró después desde las barricadas.

El 19 de Noviembre de dicho año fundó su célebre diario *La Soberanta Nacional*, abiertamente republicano, y en el cual, como hemos dicho, aparecieron los primeros trabajos políticos de Castelar. *La Revolución*, diario de Beltrán y García Lopez, se refundió en *La Soberanta*, que tanta importancia llegó á alcanzar, que fué el verdadero terror de Isabel II y el *coco* de los falsos liberales que más tarde traicionaron á Espartero y formaron la mal llamada Unión Liberal. Puede decirse que *El Látigo* y *La Soberanta*, y en segundo lugar *La Iberia*, *El Clamor Público* y *Las Novedades*, tuvieron á raya á los vicalvaristas y contuvieron las insolentes demastas de aquel *Padre Cobos* donde desahogaban su mal reprimido humor Ayala, Nocedal, Tejado, Villoslada, Garrido y algunos otros, entonces moderados rabiosos y doce años después demócratas como Ayala, veleidoso y tornadizo, que debiendo cuanto era á la reina Isabel fué, en 1868, su peor enemigo, como lo fué desde 1872 de todos los hombres que contribuyeron á la siempre gloriosa revolución de Septiembre de 1868, no obstante haber sido él el autor de su programa político.

El golpe de Estado que dió O'Donnell en 1856, desarmando la Milicia Nacional, bombardeando las Cortes Constituyentes y ametrallando al pueblo que con heroísmo sin igual se batía en las barricadas de Madrid, puso término al período revolucionario iniciado dos años antes en el Campo de Guardias. La reacción triunfante tuvo que vérselas muy seriamente con las fuerzas populares y muy especialmente con el célebre batallón de Ligeros que mandaban Becerra y Sáenz de la Cámara, formado por los republicanos más decididos de Madrid, y que dió gallarda muestra de una gran disciplina y de un valor poco visto en fuerzas populares; pues público fué que diezmó al batallón Cazadores de Madrid, que sembró de cadáveres la plaza de Santo Domingo y las inmediaciones del teatro Real. Becerra, como Sáenz de la Cámara, rayaron en aquella gloriosa jornada á gran altura, y como el segundo resistió hasta el último momento, dejó fama de un valor á toda prueba. Ya lo tenía probado desde el desafío con D. Nicolás María Rivero, con quien cambió varios tiros de revólver, sin embargo de «no haber cogido esta arma en sus manos hasta aquel día», en tanto que Rivero era un gran tirador. Por esto hizo blanco en el director de *La Soberanta Nacional*.

Seis meses después Sáenz de la Cámara intentaba proclamar la república en la siempre liberal Málaga, donde estaban los hermanos Moreno y Romualdo Lafuente preparando el movimiento con sargentos y oficiales subalternos de aquella guarnición.

Fracasado en Diciembre este proyectado movimiento, por haber faltado á su palabra tres comandantes y varios oficiales, Sáenz de la Cámara, con Lafuente y otros conspiradores huyeron á Gibraltar, trasladándose en Febrero de 1857 á Lisboa y fijando en Portugal su residencia por algún tiempo. Es curioso todo cuanto ocurrió por entonces á Sáenz de la Cámara en la capital del reino vecino hasta el momento mismo de su malograda muerte, ocurrida en la frontera que divide los dos pueblos hermanos, no lejos de Badajoz (en los campos de Olivenza), como referiremos muy al por menor en el curso de este trabajo.

### III

Gozaba por entonces Portugal de una saludable paz por todos tan deseada. Muerta en 1853 D.<sup>a</sup> María II, vino á sucederle su hijo mayor, el joven D. Pedro V, los tres años primeros bajo la regencia de su padre D. Fernando y desde su mayor edad libre ya de ninguna tutela.

Los sucesos acaecidos en Arabral, Utrera y Morón, en el verano de 1857, llevaron á otros muchos hombres al lado de Sáenz de la Cámara. Con él y entre otros muchos, estaban en Lisboa el rico abogado sevillano D. Vicente de Caso y Díaz, el escritor don Romualdo de Lafuente y algunos otros de menos importancia. Tenía de secretario á don José Moreno Ruiz, joven muy animoso, natural de Algotocin (Málaga), é hijo del maestro de escuela de Berrarrabá, en la misma provincia. Este D. José y un su otro hermano llamado D. Antonio, trabajaron mucho en el fracasado movimiento de Málaga, llevando, con Lafuente, el cargo de más responsabilidad. De Madrid le acompañó un joven que siempre gozó de todo su cariño, y el cual, tiempo andando, llegó á dirigir *La Discusión*, fué diputado constituyente y ministro español en Lisboa, en 1873. Se llamaba Bernardo García, hijo de una modesta familia murciana, y el cual, no obstante su viveza ratonil, á la que debió tan altos puestos, es público que no supo jamás redactar una cuartilla. García, casi nunca residía en Lisboa, porque lo empleaba Sáenz de la Cámara en frecuentes viajes á Madrid, donde residía su esposa, D.<sup>a</sup> Josefa Gisber (viuda que fué de don Lorenzo Calvo y Mateos) y su hijo D. Anardo, ó en ir y venir á varios pueblos de la frontera española, especialmente á Badajoz, Olivenza, Albuquerque, Mérida, Almendralejo y Villafranca de los Barros, donde existían muchos republicanos que sostenían correspondencia muy activa con Sáenz de la Cámara.

Debábase por entonces entre los políticos de uno y otro pueblo, acaso con algún apasionamiento, una cuestión muy importante, cual era la llamada Unión Ibérica, sobre lo cual portugueses y españoles habían contendido ya muy largamente. Latino Coelho, Camilo Castello Branco y Alejandro Herculano, de una parte, y D. Sinibaldo Más y Gutiérrez, D. Angel Fernández de los Ríos y D. Emilio Castelar, de otra, todos propagaban á una las bondades de tan decantada unión. Y es más, en Lisboa mismo se publicaron desde 1855 hasta tres periódicos—*A Ibérica*, *O Progreso* y *A Revista Peninsular*—defensores declarados de este gran pensamiento, por el cual la nueva nacionalidad reconstituida dentro de las dilatadas fronteras marítimas y pirenaicas que circundan la Península, iba á contar con una población de 37 millones 332.000 habitantes con las islas adyacentes y las colonias de América, la Oceanía, China y el Africa, según lo demuestran los siguientes estados:

PORTUGAL	Habitantes.
Península é islas adyacentes.....	5.040.000
Sus posesiones en Africa.....	1.036.000
Idem en el Asia.. ..	850.000
Idem en la Oceanía y en China.....	980.000
	<hr/>
	7.906.000
 ESPAÑA	
Península é islas adyacentes.....	18.000.000
Archipiélago de los Frailes (Filipinas).....	8.600.000
Antillas de los Ladrones (Cuba y Puerto Rico).....	2.800.000
Colonias en el Africa.....	26.000
	<hr/>
	29.426.000
 TOTAL.....	<hr/>
	37.332.000

Solamente la población de la Península con las islas adyacentes la componían 23 millones con 40.000 habitantes. Unidos los ejércitos de mar y tierra de ambos pueblos; artilladas sus plazas y puertos; repletos sus arsenales, parques y maestranzas, la gran Federación Ibérica era en sí misma respetable y con más derecho que Italia una potencia

de primera clase, dueña de su porvenir, independiente y capaz por sí sola de salvar los intereses de la raza latina, constantemente desconocidos por los pueblos sajones y eternamente amenazados por Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos de la América del Norte, que llevados de ese espíritu de expansión colonial que se les ha despertado en estos últimos cincuenta años, sacrificarán á los pequeños Estados, robándoles sus Colonias y dejándolos reducidos á la pobreza que trae á los pueblos todo aislamiento comercial y político.

Don Sinibaldo Mas y Gutiérrez quería realizar la unión de ambos pueblos «por un procedimiento pacífico y legal», como decía su amigo Latino Coelho, esto es, por tratados diplomáticos, por el comercio, la industria y las letras, como si las naciones fuertes y poderosas respetasen jamás esta obra que sería, en parte, provechosa cuando más á los intereses morales y materiales de ambos pueblos peninsulares. Fernández de los Ríos confía en la unión á los entroncos de los Borbones y los Braganzas, haciendo así patrimonio de dos familias el porvenir de España y Portugal. Castelar aspiraba á constituir una gran república, y cuando Sáenz de la Cámara se inclinó, ya en Lisboa, á dar su opinión sobre asunto tan importante, publicó su célebre folleto *La Unión Ibérica*, donde, como Castelar, planteó el iberismo bajo la base democrática, por la voluntad sola del pueblo, sin reyes ni otra autoridad que la que se diese á sí mismo, y en uso de su propia soberanía, el pueblo ibérico.

Por estas discrepancias entendemos que feneció el entusiasmo que entonces sentían muchos por la unión ibérica—O'Donnel, Concha, Prim y Saldaha, entre los más entusiastas—. A haberla tratado bajo los principios racionales que unen á Suiza, el iberismo hubiese triunfado acaso, en 1868, cuando los españoles dieron el grau puntapié á Isabel II, lanzándola del Palacio de la Plaza de Oriente, al lado allá de la frontera francesa.

No se hizo la unión entonces, ni se hará en muchos años, mientras los que de ella se ocupan la funden en enlaces de príncipes y de reyes, ó en alianzas diplomáticas y comerciales. Frente á todo ello oponen otros el derecho geográfico y las leyes históricas de ambos pueblos, barreras infranqueables que defienden siempre la idea convencional de esto que algunos han dado en llamar patria. ¡Ay!... ¡como si la nacionalidad, la patria, fuese el suelo en que se vive y se ha nacido, la casa en que se habita y la familia con quien se vive! Ay algo más que todo esto, y que necesariamente supone la nacionalidad, y este algo es la idea, el pensamiento que liga solidariamente formando en el hombre un destino común.

Sáenz de la Cámara no supo, ó no quiso, presentar la unión ibérica bajo este aspecto, por subordinarla acaso á los estrechos límites de un partido, y por esto impopular fué siempre en Portugal, é irrealizable para los españoles la suspirada Unión Ibérica.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ

---

## UN ANTIMILITAR

---

Contra la guerra y la servidumbre militar, contra las indignidades del cuartel, tenemos una literatura ya importante y una prensa activa. Diariamente la insolente brutalidad de los que tienen la profesión de quitar la vida á sus semejantes, y sus crímenes, matanzas y saqueos, son presentados á la indignación pública. No hay ni un solo hombre de inteligencia y buena fe, que no haya hecho ver que el militarismo es el peligro más gran-



de é inmediato de nuestra época, la bestia insaciable que se nutre de nuestro trabajo y de nuestro oro; bestia que, atravesada en el camino del progreso, para cerrar el paso á la humanidad que camina, vacía nuestras venas, nuestro cerebro y nuestro corazón. No hay asamblea de amantes de la transformación social donde no se denuncie al ejército como el guardián servil de los privilegios patronales y el último recurso del capital en su lucha contra el trabajo.

Y, sin embargo, si un hombre imbuido de tales ideas, osa desafiar al monstruo cara á cara, y pasando en fin de las palabras á los hechos, ese hombre opone la ley de su conciencia á las prescripciones de un código fratricida, y se niega á convertirse en verdugo de sus hermanos, nadie, ó poco menos, le dará importancia al asunto; y el nombre mismo de este héroe, como las circunstancias que concurrieron en su acto, pasarán inadvertidos.

Ninguno, que yo sepa, ha dicho jamás una palabra en la prensa socialista ó antimilitar, respecto al soldado holandés Bruin, preso ha más de dos años por negarse á servir.

Aunque ya he referido esta historia varias veces, á fin de que nadie arguya ignorancia, voy á ocuparme de ella nueva y enteramente ahora, con motivo de los últimos y tristes detalles que acabamos de recibir.

En 1899 se presentaron en Holanda muchos casos de protesta en el momento del sorteo. En Amsterdam, en Dordrecht y otras poblaciones, los quintos manifestaron su oposición á carga tan odiosa. Aun dentro del cuartel, hubo cuatro que continuaron negándose á tomar parte en el servicio. Dos, sin embargo, cedieron pronto á las exhortaciones de los oficiales ó á los ruegos de sus familias: pero otros dos, Wendt, un discípulo de Tolstoi, y Bruin, un anarquista, permanecieron inquebrantables en su resolución y fueron presos, el uno en Haarlem y el otro en el Haya.

El cristiano Wendt, concluyó por rendirse á las insinuaciones del capellán, quien logró demostrarle con gran acopio de textos bíblicos, que, si no había derecho para atacar y matar al vecino, existía al menos el de defenderse á mano armada. A consecuencia de lo cual, el joven dirigió una demanda de indulto á la reina, suplicando ser incorporado á la ambulancia.

Bruin, por el contrario, se mantuvo firme. Condenado á un año de prisión, que terminó en el pasado Mayo, al preguntarle si estaba decidido á cumplir su tiempo de servicio, contestó que no, siendo condenado esta vez, como reincidente, á un año y cuatro meses de cárcel.

Hace algún tiempo escribía á sus amigos: «Mis convicciones valen para mí más que la vida. ¡Podrán quitarme ésta, pero aquéllas jamás!»

Y, en efecto, si no han conseguido arrancarle las ideas, han logrado privarle de la razón, y tal vez de la vida. En un acceso de delirio, el glorioso mártir de la gran causa antimilitar ha intentado abrirse una arteria, valiéndose de su pluma, por cuyo motivo ha sido transportado de la prisión al hospital militar.

Quando se ven actos semejantes pasar casi inadvertidos en un país, donde los enemigos de la guerra y del cuartel se cuentan por millones, no es posible dejar de pensar que usamos bien torpemente de las fuerzas morales de que disponemos para la conquista del porvenir.

Callarnos en casos semejantes, es derrochar á manos llenas la energía, haciendo poco menos que estériles los sufrimientos y el heroísmo; sin pensar que son éstos los materiales con que el progreso se realiza. Además, el hecho de que nos ocupamos no es tan común que merezca ser mirado con indiferencia.

Organizar por todas partes reuniones públicas; escribir y hablar de este acto en todos los lugares donde sea posible; referirlo, comentarlo, mostrando su significación, su utilidad y su hermosura; recoger el saludo fraternal de las multitudes libertarias y socialistas, y transmitirlo á ese noble obrero de la emancipación proletaria; he ahí lo que habría que hacer.

Pero no se ha hecho así; con lo cual se ha impedido que tal acción dé todos sus legítimos y naturales frutos. Se ha traicionado al hombre que daba su libertad y su vida por una causa, y, por consiguiente, se ha hecho traición también á la causa misma.

¿Por qué? ¿Acaso no es á protestas de esa índole, á verdaderas rebeliones contra la ley de las matanzas y de las luchas fratricidas entre trabajadores, á donde debe ir á parar la campaña antimilitar que sostenemos actualmente? Negativas parciales, primero, con motivo de los actos que más repugnan á la conciencia humana, como el de marchar en tiempos de huelga contra nuestros hermanos de trabajo, de miseria y de clase. Negativas totales, después, á tomar las armas, á consumirse en el seno de una lóbrega y triste prisión, á batirse en defensa del capital, lo mismo en el interior que en el exterior, en cuanto seamos lo bastante fuertes y numerosos y estemos lo suficientemente preparados, para poder imponer nuestra voluntad en vez de estar sometidos á la de una clase egoísta y cruel.

Así, por lo menos, debieron entenderlo los trabajadores reunidos este verano en los congresos nacionales é internacionales de sindicatos y grupos corporativos; y así también lo comprenden todas las agrupaciones que ponen en el orden del día de los asuntos que han de discutir la cuestión de la huelga militar en tiempo de paz, y de la general en tiempo de guerra.

O la propaganda actual contra el militarismo es un simple ardid político, un engaño y un recurso de los charlatanes, ó pronto ha de dar como resultado actos cual el que expía nuestro compañero Bruin en una cárcel de Holanda.

Si para conseguir tal fin tomamos la vía indirecta de la organización y de la formación de grupos, es que la rebeldía individual no está al alcance de nuestras limitadas energías. Apoyándonos unos en otros, esperamos poder efectuar sin peligro lo que algunos hombres enteros se han atrevido á realizar completamente solos y sin preocuparse de si alguien los seguía.

Ya que no hagamos otra cosa, al menos no reneguemos de estos hombres, porque su herosísimo ilumina nuestra senda y nos muestra el deber.

CARLOS ALBERT

(*Les Temps Nouveaux*, París.)

Tiene razón el compañero Albert: actos y no palabras, es lo que se necesita. Si los que se pasan la vida «pidiendo» vivieran tan sólo una hora «tomando», el problema de la miseria se habría resuelto por completo. Y si hubiera muchos anarquistas como nuestro bravo y heroico compañero Bruin, el dominio del militarismo habría hallado su término, y la actual explotación del hombre por el hombre, sería reemplazada por la Justicia y la Igualdad.

FERMÍN SALVOCHEA

# REVISTAS Y PERIÓDICOS

QUE PUEDEN ADQUIRIRSE EN ESTA ADMINISTRACIÓN

*L'Humanité Nouvelle*.—Importante revista internacional de Ciencia, Literatura y Arte.—9, Rue Garnier Neully-sur-Seine.

*Revue Franco-Allemand*.—45, rue Custine XVIII<sup>e</sup>, París.

*El Obrero Albañil*.—Tucumán, 3.211, Buenos Aires.

*Freedom*.—Publicación mensual.—127, Ossulston Street, Londres, N. W.

*Les Temps Nouveaux*.—Rue Mouffetar, 140, París.

*La Protesta*.—Lista de Correos, Línea de la Concepción.

*La Defensa del Obrero*, Gijón.

*El Obrero*.—Badajoz.

*La Protesta Humana*.—Calle Chile, 2.274, Buenos Aires.

*El Nuevo Ideal*.—Maloja, 172, Habana.

*El Rebelde*.—Casilla Correos, 15, Buenos Aires.

*La Question Sociale*.—Box, 1.639, Paterson, New Jersey (U. S. A.).

*El Obrero*.—Calle Méjico, 3.376, Buenos Aires.

*El Despertar*.—99 Madison St. Paterson New Jersey (U. S. A.).

*L'Avenir Sociale*.—Messina (Italia).

*La Campaña*.—Correo, 5, Santiago de Chile.

*La Voz de la Mujer*.—Corrientes, 953, Rosario de Santa Fe.

*A Obra*.—Rua do Norte, 165, Lisboa.

*La Aurora*.—Minas, 117, Montevideo.

*L'Università Popolare*.—Via Tito Speri, 13, Montova (Italia).

*L'Education Libertaire*, rue Reuilly, 3, París XII<sup>e</sup>.

*Le Reveil des Travailleurs*, rue Monulphe, I, Liège (Bélgica).

*La Alarma*, Sardá, 33, Reus.

*L'Emancipation*, 30, Chaussé Saint Pierre, Bruxelles.

*El Obrero Moderno*.—Balsas, 3, Murcia.

*L'Avenir*.—Corrientes, 2.041, Buenos Aires.

*Germinal*.—Box, 1.136, Paterson, New Jersey.

*Le Reveil*.—Rue des Savoises, 6, Ginebra (Suiza).

*El derecho á la vida*.—Casilla de Correos, 305, Montevideo.

*L'Agitazione*.—Casella Postale, núm. 299, Roma.

*El Acrata*.—Correo 3, Casilla 86, Santiago de Chile.

*La voz del esclavo*.—1.405, Franklyn, Tampa Flá.

*Palestra Social*.—Rua Libero Badaró, 82, Sao Paulo (Brasil).

*Federación*.—Box, 81, Tampa Flá.

*El Productor*.—Provenza, 35, 2.º, 2.ª Barcelona.

*Tribuna Libertaria*.—Calle Río Negro, 274, Montevideo.

*L'Aurora*.—Box, 203, Spring Valley Ill. (E. U.)

*Ontwaking*.—Deurnestraat, 15, Antwerpen (Bélgica).

*Neues Leben*.—Adalbert Str., 99, Hof, I, 49-II, Berlín, S. O.

*Fraternidad Obrera*.—San Fernando, 70, Cartagena.

*El Cosmopolita*, Panaderos, 18, Valladolid.

---

**Retratos**.—A diez céntimos ejemplar, los de Pedro Kropotkin, Miguel Bakounine, Emilio Zola, Fermín Salvochea, mártires de Chicago, y el de los extrañados de Barcelona, á 15 céntimos; todos en magnífico papel couché.

# LA REVISTA BLANCA



## PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>España, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.....</i>	<i>1,50 pesetas</i>
<i>Idem id. id., un año.....</i>	<i>5 —</i>
<i>Paquete de 12 ejemplares.....</i>	<i>2 —</i>
<i>Un ejemplar.....</i>	<i>0,25 —</i>

*En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.*

*Los números atrasados no tienen aumento.*

LA REVISTA BLANCA publica un SUPLEMENTO semanal, con las siguientes condiciones de suscripción:

<i>España, Gibraltar y costas de África, trimestre.....</i>	<i>1 peseta</i>
<i>Idem id. id., año.....</i>	<i>4 —</i>
<i>Paquete de 30 ejemplares.....</i>	<i>1 —</i>
<i>Número suelto.....</i>	<i>0,5 céntimos.</i>

*En los demás puntos, igual precio, más el importe del franqueo.*

*Los números atrasados no tienen aumento.*